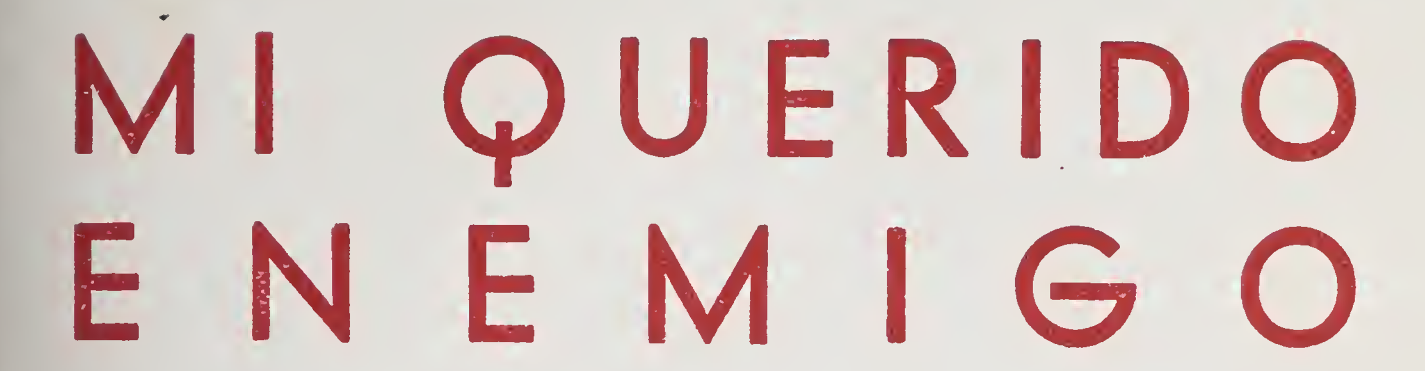
LUIS FERNANDEZ DE SEVILLA



FARSA COMICA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL

Estrenada en el Teatro Victoria de Madrid
el 15 de noviembre de 1933

PRIMERA EDICION

Printed in Spain

ARTES GRÁFICAS
SUCESORES DE RIVADENEYRA, S. A.
MADRID

MI QUERIDO ENEMIGO

LUIS FERNANDEZ DE SEVILLA

MI QUERIDO ENEMIGO

FARSA COMICA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL

Estrenada en el Teatro Victoria de Madrid
el 15 de noviembre de 1933

PRIMERA EDICION

Printed in Spain

ARTES GRÁFICAS
SUCESORES DE RIVADENEYRA, S. A.
MADRID

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Amalia	Aurora Redondo.
Doña Regla	Rafaela Rodríguez.
Pili	Pura Martínez.
Una Cliente	Julia Medero.
Don Ubaldo	Valeriano León.
Don Nicolás	José Marcos Davó.
Ojeda	Julián Pérez Avila.
Perales	José Alfayate.
Don Ignacio	Julio Costa.
Gamuza	José Porres.
Martín	Santos Asensio.
Un Echador	Roberto Banquells.
Un Paleto	Pedro Montesinos.
Un Caricaturista	José María Navarro.
Un Cliente	José María Navarro.

La acción en Madrid; época actual. Indicaciones del lado del actor.

ACTO PRIMERO

Rincón de un céntrico café madrileño. Son las dos de la tarde. Al levantarse el telón, las mesas de esta parte del establecimiento están sin ocupar. En una de ellas hay varios servicios de café preparados en espera de otros tantos parroquianos asiduos. MARTÍN, el camarero, y GAMUZA, el limpiabotas, aprovechan este momento de descanso para fumar un cigarro en amigable charla.

MARTÍN. ¿Y ayer, se dió bien el día?

GAMUZA. Regular.

MARTÍN. ¡Pues mira que desfilaron por aquí forasteros!

GAMUZA. ¿Y qué? Los hay que no se limpian el calzado como no vengan de su pueblo andando.

MARTÍN. Se te daría mal; pero yo no te vi de cuerpo entero en lo que duró mi turno.

GAMUZA. Es que muchas veces me arrodillo por costumbre y por descansar del peso del establecimiento. ¡Oficio más aperreao!...

MARTÍN. Sí, no debe ser muy agradable eso de estar siempre a la altura el betún.

GAMUZA. Chungueo no, señor Martín, que, carrera por carrera, prefiero la mía a la de usté.

MARTÍN. ¡Hombre, la tuya es más brillante!

GAMUZA. Eso.

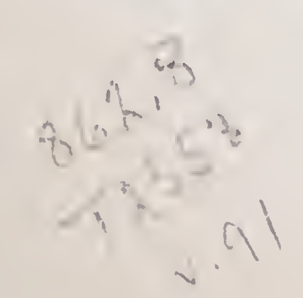
MARTÍN. ¡Como te relacionas con la crema!... (*Indicando a la derecha.*) Anda, que te llama aquel señor.

GAMUZA. Deje usté que me haga el desentendido.

MARTÍN. ¿Por qué?

GAMUZA. ¿No ve usté los pies que tiene el parroquiano? Calza un cincuenta y dos flexible. Ca vez que le limpio, me agota las existencias, y no es negocio.

MARTÍN. ¡Anda, hombre, que insiste!



GAMUZA. (*Obedeciendo de mala gana.*) ¡Maldita sea! ¡Y que es de los que quien que se los deje como espejos! ¡Voy, hombre, voy! (*Haciendo mutis de mal humor.*) ¡Nos ha fastidiao Pereantón!

MARTÍN. (*A* OJEDA, *que llega por la derecha.*) Buenas tardes, señor Ojeda.

OJEDA. Buenas tardes. (*Va a sentarse a la mesa en que hay varios servicios y se apropia uno.*)

MARTÍN. Hoy ha madrugao usté más que los compañeros.

OJEDA. Sí. (*Tiene unos treinta años, es hombre educado y se le ve que ha venido a menos.*)

MARTÍN. (*Gritando.*) ¡Feeé!

OJEDA. Oiga, Martín: ¿Qué pareja es esa que se sienta ahí todas las tardes a la hora de nuestra tertulia y que mete el oído en lo que hablamos más de lo conveniente?

MARTÍN. ¿Se refiere usted a ese señor del solitario y a esa gachí de bandera?...

OJEDA. Sí, muy guapa. ¿No es su mujer?

MARTÍN. Bueno. Toman café juntos. ¿Qué más da? Se ve que lo tiene chalao. A él le conocerá usted de nombre: don Ignacio Arizmendi.

OJEDA. No, no sé.

MARTÍN. Un tío con más dinero que el Banco España. Creo que lo tira a puñao y no gasta ni lo que le renta la renta del capital.

OJEDA. Siempre se exagera.

(*Entran por la derecha al mismo tiempo un* PALETO *y el* ECHADOR. *Este se dirige a Ojeda. El Paleto se sienta a una mesa y palmotea como si ejerciera en la claque de cualquier teatro.*)

ECHADOR. (*Sirviendo a Ojeda.*) ¿Solo?

OJEDA. Sí.

MARTÍN. (*Aproximándose al Paleto.*) ¡Va! ¡Va! ¡Va! (*El último "¡va!" se lo grita casi al oído.*) ¡No hace falta tanto ruido, señor! ¿Qué va a ser?

PALETO. Un refresco.

MARTÍN. ¿De qué? ¿Naranja, limón?...

PALETO. Lo mesmo da. (*Secándose el sudor.*) ¡Pa lo que va a estar conmigo! (*Martín hace mutis.*)

NICOLÁS. (*Por la derecha. Con aspecto de hombre que ha comido bien y cuida su digestión. Es un ser absurdo que todavía usa barba.*) Salud, Ojedita.

OJEDA. Buenas, don Nicolás.

(*El Echador le sirve y se retira. El camarero también hace mutis.*)

NICOLÁS. Me alegra que hayamos venido antes que los demás, porque quiero hacerle una proposición.

OJEDA. Usted dirá.

NICOLÁS. Que cambiemos de café. ¿No le parece? Esta tertulia va dejando de ser agradable. Hay en ella, sobre todo, un individuo que me ataca a los nervios. Cada vez que dice un chiste, le daba un tiro. Ya sabe usted a quién me refiero. Un día no me voy a poder contener y...

OJEDA. ¡Bah! No tiene importancia.

NICOLÁS. Sí la tiene. Yo soy un hombre serio. Nos citamos en otro lado; irán otras amistades...

(*Martín sirve al parroquiano paleto un refresco de naranja a la moderna, es decir, con la ruedecita de naranja cubriendo el vaso y sobre ella la consabida bola de hielo teñida de rojo y aprisionada por cuatro pajitas.*)

MARTÍN. La naranjada. (*Hace mutis.*)

(*El Paleto mira sorprendido el refresco, de frente, de perfil, de arriba abajo y por todos lados. Le da una vuelta al vaso; se queda pensativo contemplándole. De vez en cuando alarga una mano, toca una paja y se arrepiente como si se quemara. Así hasta que se indique.*)

OJEDA. Don Ubaldo no es mal hombre, créame usted.

NICOLÁS. ¿Usted de qué lo conoce?

OJEDA. ¿Yo?... De aquí.

NICOLÁS. Como yo. ¿Qué sabemos quién es? ¿Ha estado alguna vez en su casa?

OJEDA. No sé dónde vive.

NICOLÁS. Ni lo sabe nadie.

PALETO. (*Sin saber cómo solucionar el problema.*) Sí..., claro; esto..., esto... Si se agarra por aquí... (*Le da varias vueltas al vaso y se abisma en honda reflexión.*)

OJEDA. Bueno, don Nicolás; yo me voy a atrever a pedirle un favor.

NICOLÁS. (*Poniéndose en guardia.*) Si yo puedo...

OJEDA. (*Riendo.*) No se alarme, que no es un sablazo.

NICOLÁS. Ya lo supongo. ¿Usted qué va a necesitar con lo que le dejó su padre?

OJEDA. Lo que yo pretendo de usted es una colocación en su oficina.

NICOLÁS. (*Como si le hubiera ofendido.*) ¿Una colocación? ¿Que usted quiere una colocación?

OJEDA. Para un amigo, don Nicolás, para un amigo.

NICOLÁS. ¡Ah, vamos! (*Riendo.*) ¡Estaría bueno que el amigo Ojeda figurara en mi nómina de empleados y luego tomáramos café juntos!

OJEDA. (*Riendo amargamente.*) ¡Verdad! ¡Qué absurdo!

PALETO. (*Levantándose vencido y mirando al refresco, que continúa intacto.*) ¡Maldita sea! En estos Madriles no piensan más que en las bromas. (*Se va por donde vino.*)

OJEDA. Hoy seremos pocos en la tertulia. Don Alberto, Menéndez y Ramírez habrán salido de jira esta mañana. Me lo dijeron anoche.

NICOLÁS. En cambio, no faltará esa calamidad que me pone nervioso. (*Mirando hacia la derecha.*) ¿No lo dije? ¡Ya está ahí! Fíjese, fíjese; de mesa en mesa y embromando a todo el mundo. ¡Y este hombre se afeita!

UBALDO. (*Por la derecha. Viste demasiado a lo pollo pera en relación a sus cincuenta cumplidos. Es alegre y optimista. Al entrar se enfrenta con Martín, que cruza la escena llevando en alto una bandeja llena de cacharros, y lo detiene.*) ¡Hola, equilibrista! (*Le hace cosquillas.*)

MARTÍN. ¡Don Ubaldo, que van a volar los platos!

UBALDO. No te apures; yo tengo costumbre de verlos por el aire.

NICOLÁS. (*A Ojeda.*) ¡Qué le parece!

(*Martín ríe. Mira extrañado el refresco que dejó el Paleto sobre la mesa; busca a éste con la vista; pone el refresco en la bandeja y hace mutis.*)

UBALDO. (*Sentándose con Ojeda y don Nicolás.*) ¡Salud, señores! Se aburrían ustedes dos solitos, ¿verdad?

NICOLÁS. No, señor.

UBALDO. Confiéselo, hombre. Si el secreto de que los civiles estén tan serios es que los ponen de dos en dos. Me echaban ustedes de menos, seguro.

NICOLÁS. No, señor. No le nombrábamos.

UBALDO. Pues muchas gracias, porque en las tertulias, cuando no le nombran a uno, es que le aprecian. (*Gritando como un camarero.*) ¡Feeé! Hoy vengo contento, sí, señor.

NICOLÁS. ¡Qué raro!

UBALDO. No bailo no sé por qué. Pero llevo pegado al oído un chotis... (*Tararea uno. Don Nicolás se agita nervioso.*)

OJEDA. ¿Y por qué esa alegría, don Ubaldo?

UBALDO. Casi nada. ¡Hoy ha vuelto mi chica de París!

OJEDA. ¿Vive allí?

UBALDO. No, va todos los años. Que le gusta vestir bien, ¿sabe? Se entera de las modas, compra cuatro chucherías, y a casa. No quiero quitarle ese gusto. Como es la mayor...

NICOLÁS. El otro día nos dijo usted que no tenía más que una.

UBALDO. Por eso digo que es la mayor. (*Como antes.*) ¡Feeé!

NICOLÁS. (*Quemado.*) Siempre la chirigota, don Ubaldo. Yo creo que esto es una tertulia formal. Vamos, yo me tengo por un hombre serio. Yo no suelto jamás una tontería.

UBALDO. Pues suéltela usted, que dentro hacen daño. ¡Feeé!

NICOLÁS. (*Bajo a Ojeda.*) (¡Este tío!)

ECHADOR. (*Apareciendo por cualquier lado.*) ¿Dónde?

UBALDO. Aquí, hombre, aquí. Hijo, eres un gran echador.

ECHADOR. Gracias.

UBALDO. Digo de parroquianos.

NICOLÁS. (*A Ojeda.*) ¡Hasta con el echador!

ECHADOR. ¿Como siempre?

UBALDO. No; solo.

ECHADOR. Pues eso, como siempre.

UBALDO. No, es que hoy no quiero en los pantalones ni una gota.

ECHADOR. El café no mancha.

UBALDO. El de aquí, sí.

NICOLÁS. Otra sandez.

UBALDO. Suelte, suelte usted alguna; se le despejará la cabeza.

(*El Echador, tras servir, se retira.*)

IGNACIO. (*Con* PILI *por la derecha.*) ¡Mira que la manía que tienes de venir a este café tan poco moderno!

PILI. Se está aquí muy tranquila. (*Se sientan en una mesa poco distante de la que ocupa la tertulia. Martín recibe sus órdenes y hace mutis; a poco vuelve con dos bocs de cerveza y se los sirve. Pili es una elegante cocot; don Ignacio le dobla*

la edad y no puede negar, ni lo intenta, que es hombre rico.)

NICOLÁS. (*Molesto por algo que ha dicho don Ubaldo y que provoca la risa de Ojeda.*) Usted va a conseguir que yo no vuelva a este café

CARICATUR. (*Pertrechado de álbum y lápiz, aproximándose al grupo.*) ¿La caricatura, caballero?

UBALDO. (*Por don Nicolás.*) ¡A este señor no, que le pega un tiro!

CARICATUR. (*A don Ignacio.*) ¿La caricatura?

IGNACIO. No.

UBALDO. (*Al caricaturista.*) Oiga: si se la hace usted a Bergamín, se la compro.

(*El Caricaturista hace mutis.*)

NICOLÁS. Usted debe tenerse por bonito.

UBALDO. Hombre, si yo me tuviera por feo, me dejaría la barba.

GAMUZA. (*Asomado a la derecha y devorando con los ojos a Pili, a media voz a Martín, que acaba de servirlos.*) ¡Qué mujer, señor Martín!

MARTÍN. Sí que es de concurso.

GAMUZA. Como pa limpiarle los zapatos y hacerse la ilusión de que son botas de montar.

(*Pili le indica a Gamuza que se aproxime.*)

MARTÍN. ¡Anda!

GAMUZA. ¡Mi tía!

MARTÍN. ¿Quies que cambiemos de oficio?

GAMUZA. Déjeme usté, que me voy a Vista Alegre. (*Se arrodilla a los pies de Pili.*) Se los voy a dejar como dos refleztores.

IGNACIO. No, si es a mí.

GAMUZA. (*Disimulando su contrariedad y mordiéndose los hígados.*) ¡Ole! (*Comienza su faena con verdadero furor. Martín se troncha de risa.*)

IGNACIO. Oye, con más cariño, que tengo delicados los calcetines.

GAMUZA. (*A Martín.*) ¿Quie usté cambiar de oficio?

NICOLÁS. (*Molesto, levantándose y dando una palmada.*) Vaya, les dejo.

OJEDA. ¿Tan pronto?

NICOLÁS. Si continúo aquí un minuto más, acabo cogiendo moscas.

UBALDO. Pues váyase, que eso es feo.

NICOLÁS. Amigo Ojeda, nos veremos luego. ¿Me entiende?

OJEDA. Sí, sí.

NICOLÁS. (*Al pasar junto a la pareja.*) Salud, don Ignacio y compañía.

IGNACIO. (*Despectivo.*) Adiós.

(*Don Nicolás encuentra al salir de escena al camarero, paga y hace mutis.*)

OJEDA. Pero, hombre, ¿la ha tomado usted con don Nicolás?

UBALDO. Sí, señor.

OJEDA. Pues se va usted a crear un enemigo.

UBALDO. Eso es lo que pretendo.

OJEDA. ¿Cómo?

UBALDO. Amigo Ojeda, me es usted simpático y quiero enseñarle algo en beneficio de su experiencia. En esta vida hay que tener, por lo menos, un enemigo.

OJEDA. ¡Hombre, qué original!

UBALDO. No, no se ría. Los amigos pueden no servirle a usted para nada.

OJEDA. Conforme.

UBALDO. Pero un enemigo escogido y bien administrado, es seguro que le ayudará a usted a vivir.

OJEDA. Usted siempre de broma.

UBALDO. Le estoy hablando más serio que el código militar. Don Nicolás es el gran tipo para enemigo: estúpido, prestamista, antipático por parte de padre, cretino por vocación... Vale un tesoro.

OJEDA. ¡Caray! Está usted hecho un punto, don Ubaldo.

UBALDO. Es preferible ser un punto a ser una interrogación, como usted. Hay que saber vivir.

IGNACIO. (*A Pili, que no quita oído de la conversación.*) ¿Pero que te interesa a ti lo que hablan, hombre?

PILI. ¡Calla!

UBALDO. Hay que estar en todo. Yo, por ejemplo, me he dado cuenta de que usted no tiene un céntimo. ¿Es ilusión mía?

OJEDA. ¿Para qué lo voy a negar?

UBALDO. ¿Cómo que para qué? Para mucho. Deje que la gente le siga creyendo el mismo que antes. ¿Le corre a usted prisa decir que su padre no le dejó más que trampas?

OJEDA. Correrme prisa, no; pero al fin tendré que cantar la gallina.

UBALDO. ¡Nunca!

OJEDA. Es que... Usted, que se da cuenta de todo, ¿no ha comprendido que ya no puedo sostenerme en este plan? Esta mañana he gastado la última peseta, y

éste es el último traje, y éstos son los últimos cigarrillos. (*Muestra la pitillera.*)

UBALDO. ¡Magnífico!

OJEDA. ¿Ah, sí?

UBALDO. ¡Claro! Ha comido usted hoy, le quedan unos cigarros, pues ha resuelto usted el día.

OJEDA. Sí; ¿pero y mañana?

UBALDO. ¿Mañana? Que nos ayude nuestro enemigo.

OJEDA. ¡Como se conoce que usted tiene el problema resuelto!

UBALDO. ¿Yo? Dios le conserve la vista. (*Bajando la voz.*) Oigame. Yo no he gastado hoy mi última peseta, porque me la gasté hace quince años.

OJEDA. ¡Don Ubaldo!

UBALDO. Y... confianza por confianza. Yo no he comido hoy.

OJEDA. ¿Que no ha...?

UBALDO. Baje la voz, que hay ropa tendida. Acabo de confesar un delito que nadie perdona.

(*Gamuza, que ha terminado su trabajo, cobra y hace mutis.*)

OJEDA. La verdad, ahora me explico menos su buen humor.

UBALDO. Pero si esa es mi carrera, de eso vivo.

OJEDA. ¿De eso?

UBALDO. ¡Claro! De serle agradable a la gente, de proporcionarle alegrías.

OJEDA. ¿Y eso produce?

UBALDO. ¡Qué pregunta! ¿Usted ha visto que nadie dé nada cuando está de mal humor?

OJEDA. ¡Ah, vamos!

UBALDO. La gente está siempre dispuesta a servir al que ve contento. Nunca llore usted lástimas, porque no hallará más que caras serias y bolsillos cerrados. No pida usted para pagar la casa; pida para correr una juerga. El que se divierte puede pagar, pero el que no le paga al casero no le puede pagar ni a su padre. ¿Comprende usted ahora mi genio? Si dejo de hacer chistes se me hunde la despensa.

OJEDA. Bien, pero eso es vivir de...

UBALDO. Dígalo, no le dé reparo: Del sable.

OJEDA. Sí.

UBALDO. Querido Ojeda, cuando se está en mi situación, no quedan más que estos dos recursos: o vivir del

sable, o vivir de la pistola. Yo prefiero el arma blanca, y, créame, yo no estafo, yo vendo optimismo. En fin, le dejo; me espera la obligación.

OJEDA. ¿Cuál?

UBALDO. Otra tertulia que tengo en Puerto Rico. Usted no podrá pagar mi café, ¿verdad?

OJEDA. Ni el mío, don Ubaldo. Pero verá, yo tengo confianza con el camarero y le diré...

UBALDO. ¡Nunca! No se deben pedir favores de menos de mil pesetas. ¿Va usted a vender su crédito y el mío por seis reales?

OJEDA. Entonces...

UBALDO. (*Iniciando el mutis por la derecha.*) Se nos olvida pagar. ¿No ocurre esto también cuando se tiene dinero? Nos vamos distraídos charlando, y mañana: Martín, ¿usted sabe si yo le pagué ayer?

OJEDA. ¿Y si nos lo encontramos ahora?

UBALDO. Pues... Ahí queda eso, Martín. (*Hacen mutis.*)

IGNACIO. Bueno, explícate.

PILI. Ahora, hombre.

IGNACIO. No; es que me tienes a mí ya un poco mosca.

PILI. Calla, celosón.

IGNACIO. ¿Te interesa alguno de esos señores?

PILI. Uno.

IGNACIO. ¡Eh!

PILI. El más viejo. No seas intratable.

IGNACIO. Mira que ya tengo canas. ¿Por qué me traes aquí todas las tardes? ¿Qué te importa a ti ese señor?

PILI. A ése, ¿te enteras?, le estoy yo muy agradecida.

IGNACIO. ¿Pues qué ha hecho por ti?

PILI. Por mí y por mi padre, cuando yo era niña. Vivíamos en la misma casa; mi padre cayó enfermo, empezó a faltarnos el pan, don Ubaldo lo supo y todos los días, sin quitar uno, mandaba a su cocinera que nos hiciera una compra igual a la que traía para él.

IGNACIO. ¡Caray!

PILI. Y así siete meses.

IGNACIO. Le hubiera tenido más cuenta regalarte un economato.

PILI. Murió mi padre, me mudé de casa y no he vuelto a verle hasta el otro día que entramos aquí.

IGNACIO. ¿Y por qué no le has hablado?

PILI. Ahí tienes tú; porque lo he querido observar y convencerme...

IGNACIO. ¿De qué?

PILI. De que su situación es tan mala como era en otros tiempos la de mi padre.

IGNACIO. Y tu propósito es favorecerle, ¿no?

PILI. ¡Natural!, y de paso hacerte a ti también un favor.

IGNACIO. ¿A mí? Mira, Pili, con franqueza; te tengo miedo. Cada vez que dejas volar la imaginación me echo a temblar. Eres de una fantasía peligrosa para el bolsillo.

PILI. ¿Pero es que a ti te gustaría que yo fuera ingrata?

IGNACIO. No; pero me gustaría que no tuvieras que agradecerle nada a nadie.

PILI. ¡Hijo, en cuanto se trata de dinero te vuelves otro hombre!

IGNACIO. No te enfades, chatilla. ¿Qué favor es el que me quieres hacer? ¿Me va a costar muy caro?

PILI. Al revés, te va a dar a ganar mucho.

IGNACIO. ¿A ver?

PILI. ¿No vas a montar en Madrid unas oficinas de negocios en gran escala?

IGNACIO. Sí, señor.

PILI. ¿No estás buscando un hombre de confianza que se ponga al frente de esas oficinas mientras tú diriges la que tienes en Bilbao? Pues ahí está el hombre.

IGNACIO. Los negocios son cosas muy serias, ¿sabes? No se pueden confiar al primer señor que te encuentres a la vuelta de una esquina. (*Siguen hablando.*)

NICOLÁS. (*Por la derecha, con el camarero.*) ¿Y el señor Ojeda también se marchó?

MARTÍN. Se fué con don Ubaldo.

NICOLÁS. Me extraña; le di a entender que me esperase.

MARTÍN. Tal vez pensará volver en seguida, porque no se ha detenido ni a pagar el café.

NICOLÁS. ¡Ah! Eso será. Volveré luego.

IGNACIO. Don Nicolás, un momento. ¿Quiere usted sentarse aquí?

NICOLÁS. (*Deshaciéndose de fino.*) Usted me manda, don Ignacio, no me he acercado otras veces por temor a ser molesto.

IGNACIO. ¿Qué va usted a tomar?

NICOLÁS. Nada, muchas gracias.

(*Martín hace mutis.*)

IGNACIO. Le he detenido para hacerle una pregunta. ¿Quiere usted decirme quién es don Ubaldo... (*A Pili.*) ¿Cómo es el apellido?

PILI. Se me ha olvidado.

IGNACIO. Bueno; don Ubaldo.

NICOLÁS. Sí; no hacen falta más señas. El que se sienta con nosotros todas las tardes.

IGNACIO. Justo.

NICOLÁS. ¿Que quién es? A usted estoy obligado a hablarle con franqueza. No tenga trato con él, se lo aconsejo.

PILI. ¿Pues qué ha hecho?

NICOLÁS. Yo creo que en su vida ha hecho nada, de provecho, quiero decir. Vive no sé de qué; quizás de mandar chistes al "T B O" Es el sinvergüenza más grande que me he echado a la cara.

PILI. ¡Ah! ¿Sí? ¡Pues se reúne usted con buenos amigos!

NICOLÁS. Ese no es amigo mío. Se metió en nuestra tertulia en un descuido y no ha habido quien lo pueda echar.

IGNACIO. Listo ya parece.

NICOLÁS. Un botarate. Yo creo que no sabe ni leer.

IGNACIO. (*A Pili.*) ¿Estás oyendo?

PILI. Sí, sí. Este señor cuando recomienda a una persona lo hace con interés.

NICOLÁS. Yo a don Ignacio estoy obligado a decirle la verdad. Si trata usted con don Ubaldo, amárrese.

PILI. Pues yo le he visto a usted muchas tardes sin amarrar hablando con él, y no creo que le haya ocurrido nada.

NICOLÁS. Conmigo no se atreve. Yo le suelto un par de coces en cuanto se descuida.

PILI. Bien, pero no hablándole a usted por la espalda...

NICOLÁS. (*A don Ignacio.*) Sentiría que a esta señorita le hubiese molestado mi informe. (*Levantándose.*) ¿Puedo servirle en algo más?

IGNACIO. (*Dándole la mano.*) Nada; muy agradecido.

NICOLÁS. (*Con intención.*) Adiós, señorita.

PILI. (*Idem.*) Vaya usted con Dios, caballero.

IGNACIO. ¡Mujer, domínate, que pones unas puyas de las que acaban la lidia!

PILI. ¿Pero no ves qué tío? Nada, que me ha estropeado la recomendación.

IGNACIO. Al contrario.

PILI. ¿Cómo?

IGNACIO. Que ahora es cuando creo que tu recomendado me puede interesar.

PILI. ¿De veras?

IGNACIO. Naturalmente. ¿Pero tú sabes quién es don Nicolás?

PILI. Sí; por palabras que he cogido al vuelo de esa tertulia creo que es una alhaja.

IGNACIO. ¿Tú sabes cómo hizo las primeras pesetas?

PILI. No.

IGNACIO. Pues figúrate todo lo más feo que se te ocurra y te quedarás corta.

PILI. ¿Y a ese tío le pides tú informes de una persona decente?

IGNACIO. Natural, mujer; como que si me habla bien de tu recomendado, le hago la cruz. Ahora ya sé que se le puede tratar.

PILI. Ignacio, eres un gachó simpático.

IGNACIO. Hombre de negocios y nada más. Anda, vámonos, que a las tres y media tengo que hacer.

PILI. ¿Y dispongo luego de ti?

IGNACIO. Hasta el fin de mi vida. (*Se dirigen a la derecha, pagan a Martín, que aparece por dicho lado, y hacen mutis.*)

AMALIA. (*Por la derecha. Deteniéndose y mirando para todas partes con inquietud.*) ¡Ay, que no le veo! (*Es una niña que pretende ser elegante y viste con tal cursilería que llama la atención. Se ve que es ella quien se hace los vestidos, y parece increíble que se quiera tan mal. Es nerviosa y aturdida, y haciéndole justicia, muy guapa también. Desde el centro de la escena mira a uno y otro lado con ansiedad.*) ¡Si no será aquí donde viene! (*A Martín.*) Oiga. ¿Es usted el camarero?

MARTÍN. ¿Es que parezco otra cosa, señorita?

AMALIA. Es verdad, sí. ¡Como no le veo nada en la mano! Dígame usted. ¿Es aquí donde viene mi padre?

MARTÍN. ¿Quién es usted?

AMALIA. Su hija.

MARTÍN. (*Aparte.*) (Qué lástima. Tan jovencita y tonta.)

AMALIA. ¿No es este el café Ceilán?

MARTÍN. Sí.

AMALIA. Pues aquí tiene la tertulia.

MARTÍN. ¿Pero cómo se llama su papá, hija mía?

AMALIA. Don Ubaldo. Ya se lo he dicho. Don Ubaldo Revenga.

MARTÍN. Que se cree usté que me lo ha dicho.

AMALIA. ¡Ah! ¿No? Perdone, es que soy un poco aturdida, algo nerviosa.

MARTÍN. Pues su papá hace poco que se marchó.

AMALIA. ¡Qué fastidio! ¿No sabe usted si volverá?

MARTÍN. Es posible. Hay días que entra y sale cinco o seis veces.

AMALIA. ¿Podría esperar un poco?

MARTÍN. Siéntese.

AMALIA. No, no; de pie. Estoy a régimen. Mientras hago la digestión, de pie.

MARTÍN. (*Sintiéndose galante.*) Haga usté lo que se le antoje, simpática. Yo estoy aquí pa servirla.

AMALIA. ¡Anda!, y a todo el mundo, ya lo sé.

MARTÍN. (*Viendo llegar por la derecha a* OJEDA.) Ahí tiene usted un amigo de su padre, el señor Ojeda.

OJEDA. (*Dándole dinero.*) Tome, Martín, que antes nos fuimos distraídos sin pagar. El mío y el de don Ubaldo.

MARTÍN. Esta señorita pregunta por él; es su hija. (*Se retira.*)

OJEDA. ¿Usted?

AMALIA. Servidora. ¿No podría usted decirme si va a volver?

OJEDA. Sí, señorita. ¿Usted es la que ha venido ahora de París?

AMALIA. ¿Cómo?

OJEDA. Cosas de su padre.

AMALIA. ¡Ah, sí, sí! De París; esta mañana.

OJEDA. Sí, de estudiar la moda.

AMALIA. ¿No lo parece, verdad? Es que, claro, cuando vengo a estos sitios me pongo lo peor.

OJEDA. Pues vamos a sentarnos, que su papá tardará un ratito.

AMALIA. No, no puedo.

OJEDA. ¿Por qué?

AMALIA. Es que guardo la línea. ¿Sabe?

OJEDA. Pero si sentada tampoco se la quitan.

AMALIA. ¿En la digestión? ¡Dios me libre!

OJEDA. ¿Está usted segura de que no ha hecho ya la digestión?

AMALIA. ¿De que no la he hecho? Segura.

OJEDA. Siéntese, se lo ruego; siéntese, que yo tengo mucho gusto en convidarla.

AMALIA. Me sentaré, pero yo no tengo costumbre de tomar nada a estas horas. (*Se sienta.*)

OJEDA. (*Dando una palmada.*) Yo tampoco, pero...
MARTÍN. ¿Qué desea?
OJEDA. Para mí café; para esta señorita un refresco. ¿Verdad?
AMALIA. ¡Que no, que no! Bueno, porque no crea usted que le desairo tomaré café con media tostada; pero refrescos no, que engordan.
OJEDA. (*A Martín.*) Ya sabe.

(*Martín se retira.*)

AMALIA. ¿Dónde ha dejado usted a mi padre?
OJEDA. Trabajando.
AMALIA. ¡Ay, que ese no es mi padre!
OJEDA. Quiero decir en Puerto Rico. Yo me separé de él para... llevar a arreglar el reloj y quedamos aquí citados.
AMALIA. ¿Es usted muy amigo de mi padre, verdad?
OJEDA. Mucho. Nos conocimos aquí en el café hace varios meses y nos apreciamos. Parece que le fuí simpático.
AMALIA. ¡Eso! ¡Ay, yo salgo en todo a mi padre!
OJEDA. Por sus referencias tenía yo ya el gusto de conocerla, y aunque me la figuraba bonita, veo que su papá se ha quedado corto al elogiarla.
AMALIA. Muchas gracias. (*Refiriéndose al camarero.*) ¡Pero cuanto tarda ese hombre! ¡Para media tostada, que se hace en seguida!... Porque aunque le ponga mucha manteca, eso entretiene poco.
OJEDA. ¿Tiene usted prisa?
AMALIA. No; que como he venido así, de trapillo, pues estoy un poco violenta. Y mire usted que al salir me lo dijo la doncella. señorita, no vaya usted así; póngase el marrón.
OJEDA. Sí, sí; pero usted, por no detenerse; ¡claro!
AMALIA. Eso.
OJEDA. Ya, ya.
AMALIA. (*Con recelo.*) ¿Ya, ya?

(*Llegan* MARTÍN *y el* ECHADOR *al mismo tiempo.*)

OJEDA. Sí, que ya está aquí eso.
AMALIA. Casi todo leche. Café muy poquito, y échemelo aparte, en este vaso.

(*Tras servirles, se retiran Martín y el Echador. Amalia, dominando su apetito, comienza a comer y beber con remilgos de niña desganada. Ojeda vuelve la cabeza discretamente y se pone a obser-*

var el local como si entrase en él por vez primera. Esta distracción la aprovecha Amalia para ingerir con toda la prisa de su hambre atrasada. Hay un instante en que él hace un brusco movimiento en la silla, y ella, temiendo que la observe, recobra el comedimiento.)

OJEDA. (*Por decir algo.*) Parece que tarda su papá. (*Y sin mirarla.*)

AMALIA. Tiene usted prisa por verle.

OJEDA. Yo, no; usted.

AMALIA. Es verdad. ¡Lo había olvidado. No me lo explico, pero se me fué de la imaginación. ¡Con lo desesperada que venía!

OJEDA. ¿Es cosa grave?

AMALIA. ¡Ya lo creo! Digo, regular.

OJEDA. Pregunto por si yo podía servirla. Le advierto a usted que su papá no tiene secretos para mí.

AMALIA. (*Asustada.*) ¡Ay, Jesús! ¿Es posible?

OJEDA. No, no. Quiero decir secretillos sin importancia. Por ejemplo: El no me oculta sus ideas políticas, yo le confío las mías...

AMALIA. (*Suspirando.*) ¡Ah, bueno, sí; eso está muy bien! ¿Por qué se sonríe, señor Ojeda?

OJEDA. (*Mirándola con tierna simpatía.*) Por nada, Amalia.

AMALIA. ¿Sabe usted mi nombre?

OJEDA. No es extraño, su papá la nombra mucho. Hoy mismo, contándome...

AMALIA. ¿Qué?

OJEDA. Nada, eso de que todos los años va usted a París.

AMALIA. ¿Se burla usted, verdad? (*Con tristeza.*) ¡Claro, hay sobrados motivos! Ríase.

OJEDA. Nada de eso. Para reírse de usted haría falta no tener corazón.

AMALIA. Usted lo sabe todo. Mi padre le ha dicho... Créame, no tengo yo la culpa, mi padre tampoco. Es la vida, señor Ojeda.

OJEDA. Sí; una vida demasiado dura con usted. ¡Pobre Amalia!

AMALIA. No me compadezca. No tengo costumbre de oír hablar así, y eso me hace más daño que nada. Ríase, ríase de mí, que de eso ya tengo costumbre.

OJEDA. ¡Amalia!

AMALIA. ¿Pero no se ríe? Verá. (*Con rápida transición.*)

Cuando salí de casa le dije al chófer: vaya a recogerme al café de Ceilán a las cuatro, pues verá usted como se retrasa. Está la servidumbre... ¿Ve usted qué gracioso? (*Riendo.*) ¡Las hay soñadoras! Claro, la debilidad. Ríase.

OJEDA. (*Disimulando su emoción.*) Ya me río.

AMALIA. (*Viendo entrar a don* UBALDO.) Ahí está mi padre. (*Se levanta y va a su encuentro.*)

UBALDO. (*Sorprendido.*) ¡Tú aquí! ¿Estás loca? ¿Quieres estropearme el crédito con ese *trusó*?

AMALIA. ¡Cuando yo he venido padre, cuando yo he venido!...

UBALDO. Ya iba yo para casa con dinero.

AMALIA. Si no es eso. Si es que ya no tenemos casa. Doña Regla nos ha puesto los chismes en la escalera.

UBALDO. ¡Atiza! ¿Y por qué?

AMALIA. No sé, padre, me figuro que porque le debemos treinta y ocho meses.

UBALDO. Sí; debe ser por eso.

AMALIA. Dice que no quiere cobrar, pero que le dejemos el gabinete libre. Y ella misma nos ha hecho la mudanza.

UBALDO. ¿A la escalera? Menos mal; el casero no lo puede consentir; estorban el tránsito.

AMALIA. ¿Qué va a estorbar, si está todo en un rinconcito y no se ve?

UBALDO. Sí, claro, el mobiliario no es mucho.

AMALIA. Un calzador, el peine y la caja del bicarbonato; lo demás lo llevamos encima.

UBALDO. Es verdad. Si va el juzgao a embargarnos, va a tener que llevarse una lupa. No me explico la decisión tan brusca de esa buena mujer. Nos quiere, casi te ha criado.

AMALIA. Es que reñimos.

UBALDO. No se debe reñir nunca, y menos con la dueña de nuestros colchones. En fin, me habías asustado; yo creí que se trataba de otra cosa. Has conocido al amigo Ojeda. ¿Eh?

AMALIA. Sí; nos presentó el camarero.

UBALDO. Buen chico, Ojeda, buen chico.

AMALIA. Me ha convidado a café con media tostada.

UBALDO. ¡Buen reloj el de Ojeda, buen reloj!

AMALIA. ¿Cómo?

UBALDO. Que está como nosotros.

AMALIA. ¿A dos velas también?

UBALDO. A dos cabos de vela, que es mayor apuro. Pero

anda, vamos a sentarnos con él; no hay inconveniente en que nos escuche.

AMALIA. A mí me da vergüenza.

UBALDO. Déjate ahora de lujos.

AMALIA. Un momento, padre. ¿Usted se ha dado cuenta de lo que le he dicho?

UBALDO. Sí.

AMALIA. ¿Pues dónde vamos a dormir esta noche?

UBALDO. ¡Ah! ¿Pero a ti te apura eso? ¿Es que no has aprendido todavía a tomar la vida a broma?

AMALIA. Sí, pero es que si pasamos la noche sentados en un banco, va a ser una broma pesada.

UBALDO. Según por donde lo mires. Porque si lo ves por el lado cómico la cosa tiene muchísima gracia. Fíjate: dos elegantes que se sientan bajo un árbol en el salón del Prado. Esto de dormir en un salón, ya da categoría. Para que no nos eche el sereno fingimos que estamos hablando mientras damos cabezadas; el que nos vea pensará que nos decimos a todo que sí. (*Riendo.*) ¿No te parece? Verás qué noche más divertida.

AMALIA. (*Esforzándose por reír.*) Usted siempre tiene razón. (*Se aproximan a Ojeda.*)

UBALDO. Agradecido.

OJEDA. ¿Por qué?

UBALDO. Por sus atenciones con Amalia.

OJEDA. No merece la pena. Le felicito, porque tiene usted una hija muy bonita.

AMALIA. Gracias.

UBALDO. Buena, nada más que buena. Lo de bonita, elegante, etc., lo digo sólo delante de los idiotas, porque eso da categoría.

AMALIA. No debía usted decirlo.

OJEDA. Déjelo, que su padre sabe vivir.

AMALIA. ¡Dios mío, pues cómo vivirán los que no saben!

UBALDO. Esta todavía no ha aprendido a tomar la vida a broma. ¿Por qué cree usted que viene apurada?

OJEDA. No sé.

UBALDO. (*Riendo.*) Por una niñería.

AMALIA. ¡Papá!

UBALDO. Porque nos han echado del gabinete en que vivíamos, y esta noche la vamos a pasar en la calle. Ya ve usted qué simpleza. Los serenos las pasan todas y tan contentos. ¿No es verdad que no tiene importancia?

OJEDA. Ninguna.

AMALIA. Hable usted de otra cosa.

UBALDO. ¿Por qué? Si este señor está curado de espanto. Mira: para pagar el café ha tenido que empeñar el reloj.

OJEDA. ¡Don Ubaldo!

UBALDO. (*A su hija, que se muestra preocupada.*) Pero ¿qué te pasa?

AMALIA. Nada.

OJEDA. ¿Qué quiere usted que le pase?

UBALDO. Quiero verte alegre. No hay motivo para otra cosa. Si yo tuviera veinte años, como tú, el mundo era mío.

OJEDA. Y ¿qué hizo usted cuando tenía veinte años que no conquistó el mundo?

UBALDO. ¡Era tan joven!

REGLA. (*Por la derecha, encarándose con Amalia.*) ¡Ya sabía yo!

AMALIA. ¡Ay, padre! ¡Doña Regla! No la conteste usted.

REGLA. ¡Vaya si has corrido, hija! ¿Tenías mucha prisa en darle el disgusto a tu padre?

UBALDO. Yo no me disgusto por nada, doña Regla; yo soy un tozudo del optimismo.

REGLA. Usted es un pedazo de pan atrasado.

UBALDO. Diga un mendrugo, y es más breve.

REGLA. Pero ésa, ésa... Yo le diré a usted quién es ésa, ahora, cuando se marche ese caballero, que ya se va a ir.

OJEDA. ¡Caray, qué fina!

UBALDO. ¿Quién? Esta señora lee a Eugenio d'Ors y lo entiende.

OJEDA. (*Levantándose.*) ¡Ea!, pues hasta que se haya marchado esta señora.

REGLA. Gracias.

OJEDA. (*Bajo a Amalia.*) Tenga usted paciencia.

UBALDO. Amigo Ojeda, yo le ruego que no...

OJEDA. Nada, esto no tiene importancia, don Ubaldo.

UBALDO. No, digo, que yo le ruego que no se le olvide pagar al camarero, porque yo no tengo más reloj que el de Gobernación.

OJEDA. Descuide. (*Hace mutis derecha llamando al camarero.*)

UBALDO. Bueno. ¿Qué va usted a tomar, doña Regla?

REGLA. La palabra. Y no me interrupa usted, porque tengo en orden las ideas y no me quiero armar un lío.

UBALDO. Usted siempre tan ordenada.

REGLA. Sí, señor.

UBALDO. No me canso de decirlo: es usted una mujer admirable. ¡Qué hacendosa, qué previsora! ¿Se acuerda usted cuando íbamos de merienda a la Moncloa y se llevaba un cenicero para que yo no ensuciara el pinar?

REGLA. Déjese de coba y contésteme a una pregunta. ¿Usted cree que su chica tiene sentido común?

AMALIA. Sí, señora. Lo que pasa es que...

REGLA. Silencio. Ahora hablo yo. Hoy has conseguido sacarme de mis casillas. (*A don Ubaldo.*) Cómo me habrá puesto, que les he colocado a ustedes los trastos en la escalera.

UBALDO. ¡Hombre! Y ¿para qué hace usted esos esfuerzos?

REGLA. Pero una tiene conciencia, ¿sabe usted? (*A Amalia.*) Apenas te vi salir de casa, yo misma coloqué otra vez las cosas en el gabinete.

UBALDO. ¡Y dale! ¿Usted quiere acabar con hernia?

REGLA. Déjese usted de chirigotas, so inconsciente. ¿Dónde iban a dar ustedes esta noche con sus huesos?

UBALDO. Los íbamos a depositar en un banco. A mí la vida no me asusta, doña Regla. Todo tiene su encanto; nada es triste. (*A su hija.*) ¿Verdad, pimpollo?

REGLA. Así ha educado usted a esta niña, haciéndole creer que el mundo es un circo.

UBALDO. Natural. Peor para usted si se piensa que es el teatro Español.

REGLA. Al grano. ¿Usted sabe por qué ha sido el disgusto?

AMALIA. Yo se lo explicaré, padre.

REGLA. Me toca a mí.

AMALIA. Si es que a usted la toca siempre.

UBALDO. ¡Toma, como que hace ella las papeletas!

REGLA. Esta niña tiene un pretendiente, un gran partido. ¿A que no lo sabía usted?

UBALDO. ¡Hombre!... Como esas cosas no vienen en el periódico...

REGLA. Que es usted un padre miope. Y si una no se hubiese interesado desde un principio más de lo que debe...

AMALIA. Sí, señora; mucho más de lo que debe.

REGLA. ¡Me da la gana!

AMALIA. Pues usted no es mi madre.

REGLA. ¡Ay si lo fuera! Si lo fuera, iría tu padre arañado.

UBALDO. Doña Regla, domine usted el instinto maternal. ¿Qué pasa con ese pretendiente?

AMALIA. Que a mí no me gusta.

REGLA. Y quiere tirar por la ventana su porvenir. ¿Sabe usted quién es el galán? Perales, el comisionista. ¡Nada menos que ése!

UBALDO. No le conozco.

REGLA. El que surte de género a casi todos los ultramarinos del barrio.

UBALDO. Sigo sin conocerlo.

REGLA. ¡Menudo partido!

AMALIA. Que no me gusta, que tiene ojos de mono.

REGLA. No es verdad.

AMALIA. Y planos los pies.

REGLA. Pero ¿está usted viendo?

UBALDO. Por lo que dice la chica, es un monoplano.

REGLA. Un hombre que tiene muy buenos ahorros. Ha hablado conmigo, y yo le he prometido que usted lo atendería hoy.

UBALDO. ¿Yo? Pero ¿a quién pretende, a la chica o a mí?

REGLA. El hombre es formal y quiere hablar antes con usted. El sabe andar por la vida.

UBALDO. ¡Hombre, no me diga que sabe andar con los pies planos!

REGLA. ¡Ah! Pero ¿usted también lo vá a tomar a chunga?

UBALDO. Y ¿por qué me voy a poner serio si no me ha pisado?

REGLA. (*Levantándose.*) ¡Vaya! ¡La culpa la tengo yo!

AMALIA. ¿Adónde vá usted?

UBALDO. No preguntes: a ponernos el bicarbonato en la escalera.

REGLA. Sí, señor; quiero el gabinete libre.

UBALDO. Vamos, doña Regla, no haga usted esto cuestión de gabinete.

REGLA. Cuando una persona puede salir de la miseria y pagar sus trampas y no quiere hacerlo, merece que se le deje morir de hambre en mitad del arroyo.

UBALDO. Cuando una persona vive nada más que para su hija, y la felicidad de ésta depende de darle calabazas a un galán que tiene por pies dos secafirmas, se mandan a paseo todas las conveniencias. Haces muy bien, hija, y si te sigue molestando ese señor, le dices que la Cibeles está soltera.

AMALIA. (*Abrazándole.*) ¡Padre de mi alma, qué bueno es usted!

REGLA. ¡Tarugo, más que tarugo! Le veré tirando de un carro.

UBALDO. Y yo sentiré mucho hacerle la competencia. ¡Ea!, alegra esa cara; la vida sin estas cosas sería un aburrimiento.

REGLA. ¡Vamos, esto se cuenta y no se cree!

AMALIA. Pues ha pasado.

REGLA. Desagradecida. Debieras acordarte de que hasta las medias que llevas te las he dado yo.

AMALIA. Llenas de tomates.

UBALDO. Devuélvele las medias y que te pague los zurcidos.

(Entra PERALES *por la derecha. Viste de negro, chaleco muy escotado, camisa blanca; la americana le está muy larga; lleva los bolsillos muy abultados, tiene los pies planos y anda con cierto balanceo.)*

AMALIA. ¡Ay, que está ahí Perales!

REGLA. Le he dicho yo que venga.

UBALDO. Pero ¡si es un pingüino!

REGLA. ¡Don Ubaldo!

UBALDO. ¡Vaya, no quiero dejarla en mal lugar! Usted le ha dicho que yo le atendería, y basta.

AMALIA. ¡Padre!

UBALDO. Pero no me lo presente ahora; prefiero observarlo un poco desde lejos.

REGLA. Mientras más le observe, más le agradará. Es un buen hombre.

UBALDO. Sí; con el tipo no creo que maltrate a nadie.

(Perales, que no se atreve a acercarse al grupo, porque ve que doña Regla se hace la desentendida, después de vacilar un momento decide sentarse en la mesa de enfrente.)

AMALIA. *(Riendo.)* ¿Dónde se vestirá?

REGLA. En París, como tú, ladrona.

UBALDO. A éste le hacen las americanas en Aviación.

REGLA. Vamos, don Ubaldo; tenga usted cabeza alguna vez. *(A Amalia.)* Anda, atontada, sonríele un poquito, que no te quita ojo.

AMALIA. ¿Yo? Si no me sale, doña Regla.

UBALDO. No se preocupe, yo le sonreiré. *(Le lanza tres o cuatro sonrisas que dejan a Perales hecho un mar de confusiones.)*

REGLA. No sea usté ganso, que se puede creer otra cosa.

UBALDO. Como se lo crea, le doy a usted un beso.

REGLA. ¿A mí?
UBALDO. No sería el primero.
REGLA. ¡Don Ubaldo!
UBALDO. ¡Ah! Pero ¿no es usted viuda?
REGLA. (*Intentando levantarse.*) ¡Vaya, vaya!
UBALDO. (*Sujetándola.*) No se vaya. Preséntelo usted.
AMALIA. No, eso no.
UBALDO. (*En voz baja.*) Déjamelo a mí.
REGLA. Si la presentación va a ser para pitorreo...
UBALDO. Doña Regla, yo tengo mis ratos de seriedad.
REGLA. Sí, pero muy cortitos. (*Volviendo la cabeza y como si hasta entonces no hubiese visto a Perales.*) ¡Hombre, señor Perales! ¿Estaba usted ahí?
PERALES. ¡Caramba, doña Regla! Pero ¿es usted?
AMALIA. ¡Qué casualidad!
REGLA. (*Tras lanzarle a Amalia una mirada furiosa.*) Estoy aquí con unos amigos. ¿Por qué no se acerca?
PERALES. Si no molesto.
UBALDO. A mí por cinco minutos no me molesta nadie.

(*Perales se aproxima.*)

REGLA. (*Presentándole.*) El señor Perales, activo comisionista. Don Ubaldo Revenga, acreditado... padre; su bellísima hija.
UBALDO. (*A doña Regla.*) ¡Caray! Usted ha sido cronista de salones.
REGLA. (*A Perales.*) Siéntese y tome algo con nosotros.

(*Toca las palmas.*)

MARTÍN. (*Por la derecha.*) ¿Qué va a ser?
REGLA. Cerveza. (*A todos.*) ¿He acertado?
PERALES. Por mi parte, sí.
REGLA. La mía, con anchoas.
PERALES. (*A Martín.*) Sola, tráigala usted sola.
AMALIA. ¿Cómo?
UBALDO. Oiga, que paga doña Regla.
PERALES. ¡Sola! (*Cuando el camarero se ha retirado.*) Perdonen, es que yo me entiendo. Ustedes, no...; pero yo me entiendo.
UBALDO. Si lo hemos entendido muy bien; usted ha dicho: ¡Sola!
REGLA. Por algo será.
PERALES. (*En tono misterioso.*) Las anchoas de aquí las hacen en Burjasot con aceite de linaza y raspas de sardinas.
REGLA. ¿Todas?

PERALES. La generalitat. Anchoas buenas, de pura raza, éstas. (*Saca de un bolsillo una lata de anchoas con su llave correspondiente y la abre.*) De San Sebastián. (*A don Ubaldo, que lo mira con extrañeza.*) No le quepa a usted duda.

UBALDO. No, si se les ve la concha.

AMALIA. A mí, como no me gustan...

PERALES. Pues ¿qué suele usted tomar con la cerveza?

AMALIA. Algunas veces, un bocadillo de salchichón.

REGLA. Pídelo, atontada.

PERALES. No, aquí no; el salchichón de aquí...

UBALDO. Lo hacen en Sabadell de caballitos de cartón.

PERALES. No, señor; pero es basto. Salchichón bueno, éste. (*Saca de otro bolsillo un trozo de salchichón.*) Mire qué fino.

UBALDO. ¡Hombre, éste debe ser de "Amos Anda", que ganó varias carreras.

AMALIA. (*Aparte a don Ubaldo.*) ¡Jesús, padre, al lado de este hombre parece que está una siempre acabada de comer.

UBALDO. Pues es un amigo que nos conviene. (*Martín sirve la cerveza y se retira.*) (*A Perales, indicando el boc.*) ¿Bebo o la tiene usted mejor que ésta?

PERALES. (*Riendo.*) ¡Qué buen humor el de don Ubaldo! ¡Y cómo me anima eso! ¿Verdad, Amalia?

AMALIA. ¡Ah! Yo no sé; yo no soy de aquí.

REGLA. ¡Calla, picarona!

AMALIA. (*Suplicante y en voz baja.*) ¡Padre, que se anima!

UBALDO. (*A Perales.*) No crea usted en mí buen humor; al contrario, tengo algunas veces un genio que yo mismo no me puedo sufrir.

PERALES. Nadie lo diría.

UBALDO. Pregúntele usted a un galán que vino esta mañana siguiendo a ésta. A mí eso me descompone.

PERALES. Sí, es molesto que vengan detrás.

UBALDO. No. Si lo que no puedo sufrir es que la pretendan. Que diga, que diga la chica la escenita.

AMALIA. ¡Jesús, qué miedo! Le dió un golpe en el estómago con la llave inglesa que lleva, y lo dejó pegado a la pared.

REGLA. ¿Cuándo ha soñado usted eso?

PERALES. (*Sacando un mazo de palillos de dientes.*) ¿Un palillito?

UBALDO. (*Examinando el que coge.*) ¡Buena clase!

PERALES. Represento la mejor casa. (*Alargándole la petaca.*) ¿Un cigarrito? Es habano.
UBALDO. ¿Representa usted a Cuba?
PERALES. No, señor. Pero este tabaco, éste no lo fuma nadie más que yo.
UBALDO. ¿Es que lo siembran para usted solo?
PERALES. Es que no le doy un cigarro ni a mi padre. (*Saca las cerillas y va a encender.*)
UBALDO. (*Deteniéndole la mano.*) ¡Quieto! No encienda. ¡Cuando yo se lo digo!
PERALES. ¿Qué pasa?
UBALDO. Que esas cerillas son un asco. (*Dándole una caja.*) Cerillas buenas, éstas. Las hacen expresamente para mí en Carabanchel, y las prueban antes de mandármelas.
REGLA. (*A don Ubaldo, en voz baja.*) No me ponga usted nerviosa.
PERALES. Bueno, don Ubaldo. Yo necesito hablar un momento con usted a solas. ¿Cuándo podría ser?
AMALIA. A solas es muy difícil. Mi padre está siempre acompañado.
UBALDO. No, verá. ¿Está usted libre mañana a las cinco?
PERALES. Sí, señor.
UBALDO. Pues a las cinco de la mañana le espero al lado del cementerio de San Isidro. Si le coge de paso...
REGLA. ¿Va usted a llevar una corona con la fresca?
UBALDO. Voy a probar una browning que me regalaron ayer, y como yo no sé manejarla, creo que el mejor sitio para no matar a nadie es un cementerio.
PERALES. (*Bajo a doña Regla.*) Oiga, ¿se le sube a este señor la cerveza al piso alto?
REGLA. (*Indignada y en el mismo tono de voz.*) Lo que se le sube es la poca vergüenza.
PERALES. Bueno, pues aprovecharé el entierro del primer amigo que fallezca, y allí nos veremos.
UBALDO. ¿No puede usted ir a tiro hecho?
PERALES. No, señor. (*Aparte a Amalia.*) Amalita, lo siento. A ver si otro día cojo a su papá de mejor temple.
AMALIA. Está siempre igual.
PERALES. (*A don Ubaldo.*) Tanto gusto.
UBALDO. Hasta mañana a las cinco.
PERALES. En punto. (*Haciendo mutis.*) ¡Mi madre, está más loco que una cabra!
REGLA. (*Levantándose indignada.*) Esta faena no me la hacen ustedes a mí otra vez.

UBALDO. Pero ¿usted qué quería? ¿Que fuera mañana la boda?

(*Entran por la derecha* PILI *y* DON IGNACIO.)

IGNACIO. (*Adelantándose.*) Perdone. ¿Es usted don Ubaldo?
UBALDO. Sí, hombre; ya lo sabe usted de verme aquí todos los días. Y usted es don Ignacio Arizmendi, ¿verdad? Si en Madrid hasta los ciegos se conocen de vista.
IGNACIO. Sin embargo, hay personas a las que hemos tratado mucho, pasan los años y luego no las conocemos.
UBALDO. Porque le debemos algo, hombre.
IGNACIO. Y sin eso. ¿Se acuerda usted de Pili?
UBALDO. ¿Pili?
IGNACIO. Pilar Martínez, Ballesta, ochenta y cuatro.
UBALDO. No... No caigo.
IGNACIO. Pues aquí la tiene usted, ésta es Pili.
UBALDO. ¡Ah! ¿Esta? Bueno, y ¿qué pasa?
PILI. ¿Es posible, don Ubaldo, que no se acuerde usted de la hija de don Amadeo?
UBALDO. ¡Hombre, estuvo tan poco tiempo en España! (*A Amalia.*) Chica, Amalia, ¿tú te acuerdas de algún Amadeo?
AMALIA. ¿Yo?
UBALDO. ¡Claro, no ha visto uno en su vida!
PILI. Pero ¿es ésta Amalita? ¡Jesús lo que ha crecido desde entonces!
UBALDO. Mucho; todo se le ha quedado corto.
REGLA. Yo creo que estos señores sufren una equivocación.
PILI. No, señora.
IGNACIO. Sí, me parece...
REGLA. Porque, vamos por orden.
UBALDO. Ya nos ordenó esta señora.
REGLA. (*A don Ubaldo.*) ¿Usted ha vivido en la calle de la Ballesta?
UBALDO. (*A una seña de Pili.*) Sí.
PILI. ¡Naturalmente!
AMALIA. ¿Cuándo, padre?
UBALDO. Eras tú muy pequeña.
PILI. Vivían ustedes en el principal.
UBALDO. Exacto.
PILI. Y en la bohardilla, mi padre y yo. El estaba enfermo.

UBALDO. (*Como si recordara de repente.*) ¡Ya, ya! No siga usted; mejor dicho, no sigas, hija.

PILI. Sí, señor. ¿Por qué no se han de recordar las buenas acciones? Lo que hizo usted por mi padre enfermo...

UBALDO. ¡Calla, calla!

PILI. ¡Meses y meses sosteniendo nuestra casa!

REGLA. ¿Usted?

UBALDO. No, no; sería otro.

REGLA. ¡Claro que sería otro; si usted no sostiene ni la suya!

PILI. ¡Con un sueldo de tenedor de libros! ¡Quitándoselo de la boca!

UBALDO. No, Pilita, hija; no era yo ése.

PILI. Sí, señor; un corazón agradecido no se engaña nunca.

IGNACIO. Venga esa mano, don Ubaldo. Si todos pensáramos como usted, de otra forma sería la sociedad. La caridad ha de ser así: callada.

AMALIA. ¡Toma, como que yo no sabía nada de esto! Ahora me desayuno, padre.

UBALDO. (*Bajo.*) Gracias a Ojeda; ya lo sé. (*A Pili.*) Hace pocos días saludé a tu padre en la calle, pero no debió conocerme.

IGNACIO. Está usted confundido; el padre de Pili murió hace quince años.

PILI. Justo.

UBALDO. ¡Ah, vamos! Por eso no me conoció.

REGLA. (*Aparte a don Ubaldo.*) Vamos por orden. ¿Usted es tenedor de libros?

UBALDO. Lo era hasta que ascendí.

REGLA. ¿A qué?

UBALDO. (*Poniéndose el sombrero que está sobre la silla.*) A cubierto.

REGLA. ¡Ganso!

IGNACIO. (*Que ha hablado aparte con Pili.*) El que siembra, recoge, don Ubaldo. ¿Quiere usted contestarme a una pregunta?

UBALDO. Ya lo creo.

IGNACIO. Pili sospecha que la situación económica de usted no es muy boyante. ¿Se equivoca?

AMALIA. ¡Que se va a equivocar!

UBALDO. ¡Calla! Ante todo hay que ser dignos. (*A don Ignacio.*) Mi situación no es muy boyante, la ver-

dad sea dicha; pero tampoco nos falta lo necesario.

REGLA. ¿A qué le llama usted lo necesario?

UBALDO. ¡Hombre! Hay salud, hay apetito, hay tiempos...

REGLA. Hay trampas...

PILI. Perdone, don Ubaldo. ¿Esta señora es de la familia?

UBALDO. Lo parece, pero no lo es. Ahora, que la queremos como si lo fuera.

AMALIA. Para mí es una tita.

UBALDO. Hace mucho tiempo que vivimos a medias en el mismo cuarto.

REGLA. ¿A medias en qué?

UBALDO. ¡Usted pone la casa, y nosotros, los inquilinos!

IGNACIO. (*Riendo.*) Me parece usted un hombre listo, y creo que me puede ser útil en los negocios.

(*Entra por la derecha* DON NICOLÁS *y se detiene estupefacto.*)

AMALIA. Sí, señor; mi padre es muy listo y muy decente.

UBALDO. Pida usted informes de mí.

IGNACIO. Los he pedido y me los han dado inmejorables.

UBALDO. ¿Quién?

IGNACIO. (*Viendo a don Nicolás.*) Este señor.

UBALDO. ¿Usted?

NICOLÁS. (*Adelantándose.*) No se confunda, don Ignacio. Yo le dije...

IGNACIO. Usted me ha garantizado la honradez de don Ubaldo.

NICOLÁS. ¿Yo? (*Rectificando.*) Bueno, sí, claro. Yo siempre digo la verdad. Usted ha entendido...

PILI. Lo que debe entender.

UBALDO. ¡Si no falla! Muchas gracias, don Nicolás.

NICOLÁS. Hombre, uno está para servir a quien se lo merece.

IGNACIO. (*A don Ubaldo.*) Hablaremos de condiciones, y creo que llegaremos a un acuerdo.

UBALDO. (*Muy contento.*) ¿Como agradecerle?

IGNACIO. A mí, no; hay aquí una persona a quien se lo debe usted todo.

UBALDO. Ya lo sé. De buena gana le daría un abrazo.

(*Parece indicar a Pili.*)

IGNACIO. Déselo; yo no me opongo.

UBALDO. (*Abrazando a don Nicolás.*) No olvidaré nunca lo que ha hecho usted por mí.

NICOLÁS. Yo...

AMALIA. ¡Padre, que se equivoca usted!

UBALDO. ¡Qué he de equivocarme! Miralo, hija, miralo. Este es nuestro bienhechor, el que me va a hacer hombre. ¡Mi querido enemigo!

TELON

ACTO SEGUNDO

Oficina muy moderna, con todas las características del estilo norteamericano. Está instalada en el octavo piso de un rascacielo de la Gran Vía, y por el amplio ventanal que hay a la derecha entra la luz a raudales. Al fondo, mampara, otra a la izquierda, en la que se lee "Dirección", y otra en primer término de la derecha en la que se indica: "Cuentas corrientes". Muebles rolacos. Máquina de escribir, otra de sumar, teléfono de mesa, y por las paredes, varios cartelitos con las consabidas advertencias de "El tiempo es oro", "Cada cosa en su sitio y un sitio para cada cosa"; "Si es usted práctico no se siente", etc., etc.

(AMALIA, transformada en elegante mecanógrafa, teclea en su máquina con más lentitud que si estuviera buscando las letras en una fuga de vocales. DOÑA REGLA hace funcionar la calculadora con una insistencia digna de mejor causa. OJEDA, en su departamento correspondiente, parece que se está bañando en libros de contabilidad; le rodean y le abruman el mayor, el diario, el de estadística, el de caja, y el otro, el otro, y el otro. Ojeda trabaja en mangas de camisa y todos mastican *chicle*. Podemos suponer que son las diez de la mañana.)

AMALIA. Oiga, Ojeda, a esta máquina le falta la hache.

OJEDA. (*Humorístico.*) Puede ser. Como es norteamericana. Los yanquis creo que no usan la hache.

AMALIA. Bueno, a mí tampoco me hace mucha falta.

REGLA. Ya, ya voy cogiéndole a esto el tranquillo.

AMALIA. Recuerde usted la explicación que le dió el señor Garrido.

REGLA. Sí, sí, es muy fácil. Quiere usted saber cuántos son cinco y cuatro, pues da usted aquí en la tecla del nueve y ya está hecha la suma.

AMALIA. ¡Ay que ver lo que se adelanta con estos inventos! Ya dice mi padre que los yanquis son los amos. ¡Qué trabajadores!

REGLA. ¡Como que no dejan descansar ni la boca!

AMALIA. ¡Yo tengo un dolor en la cara de masticar esto!

REGLA. Anda, hija. Y luego te quejabas cuando te daba un filete duro.

OJEDA. ¿Quieren ustedes hacer el favor de callar un momento? Tengo que abrir los libros y así no es posible.

REGLA. ¡Anda, pues no los ha abierto usted y los ha cerrado pocas veces!

OJEDA. ¡No hay tiempo que perder! Hoy llega de Bilbao don Ignacio, y es preciso que vea esto en marcha.

REGLA. Pues no falta un detalle, que yo sepa.

AMALIA. Los clientes. Pero ya irán viniendo.

REGLA. No que no. ¡Menuda propaganda ha hecho tu padre! A nadie más que a él se le ocurre anunciar con una boda.

AMALIA. ¡Qué escándalo cuando se detuvo la comitiva en la calle de Alcalá y empezó a gritar la novia: "Te amo, Gerundino, porque has depositado tus ahorros en la gran entidad "El día de mañana", Gran Vía, 84"!

REGLA. Y los invitados voceaban. ¡Viva don Ubaldo Revenga! Indudablemente, tu padre ha nacido para esto.

UBALDO. (*Por la dirección. En mangas de camisa. Trae puesta una visera de celuloide y viene masticando un cigarro puro. Parece el director de una gran casa norteamericana en plena actividad. Mostrando una cuartilla escrita.*) Redonda. Esta circular me ha salido redonda.

AMALIA. Démela usted que la copie.

UBALDO. No, que tiene que estar para hoy. Usted la copiará, Ojeda. Bueno, ¿qué? ¿Se van ustedes soltando ya en su trabajo? Hay que espabilarse, ¿eh? Hay que justificar el sueldo. (*A su hija.*) Y tú la primera.

AMALIA. Yo ya sé poner mi nombre a máquina.

UBALDO. ¡Pues estás para unas oposiciones!

REGLA. ¡Es que nos ha cogido a todos tan de sorpresa este cambio!

UBALDO. La fortuna, como la desgracia, no avisan, doña

Regla, y hay que estar siempre apercibido para recibir a una de las dos.

OJEDA. (*Dando un puñetazo sobre la mesa y levantándose malhumorado.*) ¡Que no puede ser, vamos! Me doy por vencido.

AMALIA. Tiene usted razón. Si es que no dejamos de hablar.

OJEDA. Aunque fuéramos todos mudos sería lo mismo. No lo entiendo y no lo entiendo. Mire, don Ubaldo, yo le agradezco su buena voluntad, pero renuncio a mi cargo.

AMALIA. ¡Qué disparate!

UBALDO. Eso es una niñería.

OJEDA. Soy muy bruto para los números; lo confieso.

UBALDO. ¿Es que se cree usted el único que está en esas condiciones? No sea usted vanidoso.

OJEDA. ¿Cómo?

UBALDO. Que si todos los que en España desempeñan sin entenderlo destinos más o menos elevados los renunciaran, se iba a producir un verdadero diluvio de vacantes.

OJEDA. Pues no sé cómo se las arreglarán.

UBALDO. Haciendo lo que usted puede hacer, hombre, teniendo otro detrás que lo entienda. Más claro; por veinte duros al mes busca usted un contable que le haga los asientos, todas las noches traslada usted esos libros a casa, por la mañana los trae, y siempre será usted quien lleve los libros.

AMALIA. Pero le cuesta veinte duros, padre.

UBALDO. No, señor; porque yo, en vista de su capacidad, le subo el sueldo. ¡Si éste es el abecé de la yernocracia en la burocracia!

OJEDA. Agradecido, pero yo no puedo aceptarlo. Hoy cuando venga don Ignacio le diré que es mía la culpa de esta equivocación y dejaré el empleo.

UBALDO. Ande, ande a su sitio y piénselo mejor.

AMALIA. (*En voz baja a Ojeda.*) Es usted muy orgulloso.

OJEDA. No me queda otra fortuna.

AMALIA. ¿Y si yo le pido que no se vaya?

OJEDA. Usted me debe pedir lo contrario. (*A don Ubaldo.*) Si me lo permite, me voy a tomar un poco el aire, porque tengo la cabeza como un dormitorio de monas. (*Se pone la americana.*)

UBALDO. Ande, ande a ventilarse.

OJEDA. Hasta ahora. (*Hace mutis foro.*)

UBALDO. (*Tomando una nota de sobre una mesa.*) Vamos a sumar estas cantidades, doña Regla.

REGLA. (*A la máquina.*) Diga.

UBALDO. Propaganda prensa, dos mil ciento ochenta y seis pesetas.

REGLA. Seis.

UBALDO. Fianza y alquiler, mil doscientas.

REGLA. Doscientas.

UBALDO. Franqueo, cuarenta y ocho, y limpieza, treinta y seis cincuenta y cinco. Nada más. ¿Qué arroja?

REGLA. (*Tras mucho tecleo.*) Un millón doscientas sesenta y seis mil...

UBALDO. No siga, no siga.

REGLA. Claro, no puede ser; qué máquina más rara, ¿verdad?

UBALDO. Como que parece que ha sumado usted con una motocicleta.

GAMUZA. (*Por el foro. Desempeña el cargo de botones y está elegantísimo dentro de su brillante uniforme.*) Don Ubaldo...

UBALDO. ¿Qué pasa?

GAMUZA. (*Alargándole un pequeño impreso.*) Este señor quiere verlo.

UBALDO. (*Leyendo.*) Nicolás Martínez.

GAMUZA. El mismo, con toda la barba.

UBALDO. (*Leyendo.*) Objeto de la visita, saludarle.

AMALIA. Padre, no le reciba usted, que es de cuidado.

UBALDO. ¡Claro que no! Este, al olor de don Ignacio quiere que nos hagamos amigos, y no es negocio. (*A Gamuza.*) Dile que lo siento, pero que no puedo dedicar el tiempo a saludos. (*Gamuza sale foro.*) Es un enemigo que no me conviene perder.

REGLA. Le buscará a usted en la calle.

UBALDO. Yo le espanto en seguida haciéndole chistes malos, que es lo que más coraje le da. Le llevo hecho algunos como para que me cobre verdadero odio.

REGLA. ¿Tan serio es?

UBALDO. Creo que aborreció el pecho porque le hizo cosquillas el ama.

GAMUZA. (*Por el foro, luchando con don* NICOLÁS, *que se empeña en entrar a la fuerza.*) ¡Que no empuje ustez, hombre, que yo estoy aquí pa algo!

NICOLÁS. ¿A que me limpio los zapatos en tu uniforme?

GAMUZA. ¿Quién? Ustez no se los ha limpiao nunca.

NICOLÁS. ¿Es que no quiere usted recibirme, don Ubaldo?

UBALDO. ¡Hombre! ¿Quién se lo ha dicho?

NICOLÁS. Yo soy amigo de don Ignacio, y creo que de usted.

GAMUZA. Ha entrao empujando, ¿lo echo?

UBALDO. Anda a tu sitio.

NICOLÁS. Y dígale usted que no esté de rodillas en el suelo, que el que pasa por la puerta se cree que esto es una pagoda.

UBALDO. ¿Y qué es eso? ¿Dónde se paga?

NICOLÁS. ¡Ya empezamos!

UBALDO. Se sienta así porque recuerda el oficio. También a usted se le nota que ha sido del "Metro".

NICOLÁS. ¿A mí? ¿En qué?

UBALDO. En que abre las puertas empujando los botones.

(Amalia, doña Regla y Gamuza ríen. El último se va por el foro.)

NICOLÁS. *(Riendo forzadamente.)* Está bien, está bien. Pero yo creí que de director sería usted más serio. ¿Me puede usted decir cuándo viene don Ignacio?

UBALDO. No, no sé.

NICOLÁS. Vaya don Ubaldo. ¿No quiere usted que seamos amigos?

UBALDO. No es plan.

NICOLÁS. Recuerde que gracias a mis referencias tiene usted hoy este cargo.

UBALDO. Eso no lo olvidaré yo nunca. Tome usted un *chicle.*

NICOLÁS. No, no me gusta la goma.

UBALDO. Pues no entiende usted el negocio: con goma y esa barba podía usted hacer colas de caballitos.

(Risas.)

NICOLÁS. Don Ubaldo... ¿Quiere decirme que día se puede hablar con usted en serio?

UBALDO. El sábado por la tarde, que hago semana inglesa.

NICOLÁS. Lo siento. Porque tenemos que hablar hoy, aunque sea jueves.

AMALIA. Hoy damos globitos.

NICOLÁS. ¿También la mecanógrafa?

UBALDO. Es mi niña.

NICOLÁS. Se le nota. ¿Y el amigo Ojeda no está?

UBALDO. No, señor; ha ido en busca de un sillero.

NICOLÁS. ¿Para qué?

UBALDO. Para que le haga unos asientos en el mayor.

(Risas.)

NICOLÁS. ¡Vaya! ¿Es que no tiene usted arreglo?

UBALDO. No, señor, y ya es hora de que se convenza: usted ha nacido para ser mi enemigo, para odiarme a muerte, para hacerme todo el daño que pueda.

NICOLÁS. (*Indignado.*) Pues se va usted a salir con la suya.

UBALDO. ¡Ole!

NICOLÁS. No sabe usted quién es Nicolás Martínez como enemigo.

UBALDO. Como se porte bien, le regalo un jamón.

NICOLÁS. Sabrá todo Madrid qué clase de engaño es el negocio que usted se trae.

UBALDO. (*Loco de contento.*) ¡Bendita sea su madre!

NICOLÁS. ¡Mamarracho! (*Abre con furia la mampara del fondo y aparece Gamuza sentado en el suelo sobre los talones.*)

UBALDO. ¡Cuidado, no tropiece usted con Buda!

(*Don Nicolás desaparece furioso.*)

REGLA. (*Riendo.*) ¡Jesús, cómo va!

AMALIA. Lleva gas para un rato.

UBALDO. (*Asomándose al foro.*) ¿Que si lleva gas? Como que se va para arriba, en vez de irse a la calle. En fin, al trabajo. Doña Regla, entre en mi despacho y sume unas facturas que tengo sobre la mesa.

REGLA. ¿A máquina?

UBALDO. No, con los dedos; mecánica primitiva. (*Entra doña Regla en la dirección.*)

UBALDO. (*A Amalia.*) Ven acá.

AMALIA. ¿Qué pasa en Cádiz?

UBALDO. No, no; sin chirigoteo. Tu padre no es ahora don Ubaldo. ¿Me entiendes? Ahora estamos solos, y yo sin careta.

AMALIA. Sí, sí, padre; ya le entiendo. ¿Qué sucede?

UBALDO. (*Mirándola con fijeza.*) ¿Verdad que nunca me has mentido?

AMALIA. Verdad.

UBALDO. He sido para ti padre y madre al mismo tiempo. Me has contado siempre tus secretillos como lo hubieras hecho con aquella que no conociste.

AMALIA. Siempre lo he hecho así.

UBALDO. Pues vas a decirme la verdad: ¿Te interesa Ojeda?

AMALIA. ¿Que si?... Usted quiere decir que si...

UBALDO. Eso.

AMALIA. Verá usted: como no tengo costumbre de hablat de estas cosas con usted...

UBALDO. Pues acostúmbrate, porque va llegando la hora. (*Cogiéndola la cabeza y mirándola fijamente a los ojos.*) ¿Te interesa Ojeda?

AMALIA. (*Avergonzada.*) ¿Para qué quiere usted que se lo cuente, si ya lo sabe?

UBALDO. No te avergüences, que eso no es delito.

AMALIA. ¿Verdad que con quererlo a nadie le hago mal?

UBALDO. (*Suspirando.*) A nadie. Es decir, como si no se lo hicieras a nadie. (*La besa.*)

AMALIA. (*Haciéndole un cariño.*) Tonto, si usted sabe que para mí será siempre el número uno.

UBALDO. Duplicado.

AMALIA. No.

UBALDO. Eso por ahora, que luego, y a medida que vayáis edificando, el número uno acabará por ser la última casa de la calle. (*Tratando de animarla.*) ¡Ea, lagrimitas no! Hasta ahora no hay motivos más que para alegrarse. Yo me he puesto contento, sí, señor. ¡Viva Ojeda! (*Riendo forzadamente y entrando en su despacho.*) ¡Vivan los novios cuando lo seáis!

GAMUZA. (*Por el foro.*) Señorita Amalia, ahí está el señor Perales.

AMALIA. ¿Otra vez?

GAMUZA. Y que viene en plan pesado. Me ha echao tres suspiros a la cara que me he tenío que abrigar el cuello.

AMALIA. Bueno, déjale que pase; ya se entenderá mi padre con él.

GAMUZA. Le va usted a dar un disgusto, porque no es a don Ubaldo a quien busca.

AMALIA. ¿Tú qué sabes?

GAMUZA. No, yo na. Pero le he dicho que escribiera el ojeto de la visita, y me ha contestao que si podía ser en verso.

AMALIA. Si se empeña en entrar, déjale.

GAMUZA. Está bien. (*Sale por el foro.*)

AMALIA. Pero a mí no me marea. (*Entra en la dirección.*)

PERALES. (*Por el fondo con Gamuza. Se ha puesto una florecita en el ojal. Al no ver a nadie, se detiene sorprendido.*) Bueno; pero ¿esto es una oficina o la estratosfera?

GAMUZA. Deben andar por ahí dentro.

PERALES. ¿Cómo está hoy de genio don Ubaldo?

GAMUZA. Bien, como siempre.

PERALES. Como siempre no es bien. Porque las tres veces que he venido ya te habrás dado cuenta que no he pasado porque se oían desde ahí fuera los gritos que daba.

GAMUZA. Que hablaba por teléfono.

PERALES. Sí; pero es que una de las veces miré por ese cristalito y le estaba dando bocados al auricular.

GAMUZA. Que es un humorista. Si tié una chirigota pa to.

PERALES. Eso dice doña Regla; pero a mí me trae mosca. (*Observando que no le quita ojo de los bolsillos.*) ¿Qué me miras al bolsillo?

GAMUZA. Na, que como siempre que viene usté meriendo... ¿Sigue usté representando los quesos de Burgos

PERALES. No; hoy el surtido no te va.

GAMUZA. (*Entreabriéndole un bolsillo.*) ¿Me deja usté pasar a la tienda?

PERALES. No entres, que está el perro.

GAMUZA. Pues ¡qué olor más substancioso! (*Mete la mano en el bolsillo y la retira dando un grito.*) ¿Qué lleva usté ahí dentro?

PERALES. Una representación de cangrejos de mar especiales para paellas.

GAMUZA. (*Mirándole el dedo.*) ¡Pues ya les podía usté haber adelantao un poquito de arroz, que están hambrientos!

PERALES. Toma pa que te cures. (*Le da una botellita de muestra.*)

GAMUZA. (*Leyendo.*) *Curaçao.*

PERALES. No te la bebas de un golpe, que sales hablando portugués.

REGLA. (*Por la dirección.*) Creo que no consigue usted nada con venir, amigo Perales.

PERALES. Mala suerte.

GAMUZA. (*Haciendo mutis foro.*) Como tenga que guardarse en los bolsillos las calabazas, no le van a coger.

REGLA. Yo no puedo hacer más. Ahora tengo menos influencia que antes, porque como me han pagado todo lo que me debían y además me han colocado aquí...

PERALES. Pero ¿quién se opone, el padre o la hija?

REGLA. Los dos.

PERALES. ¿Y qué me encuentran de malo?

REGLA. Que no les gusta el modelo. Estas niñas pitongas de hoy no saben apreciar los méritos de un hom-

bre. Si tuviera usted el pelito rizado y mirara a lo Greta Garbo, dominaba.

PERALES. Es que si yo fuera así, no me fijaría en ella, como les pasa a casi todos los *Gretos.* Ya me hago cargo de que le doblo la edad; pero con el tiempo nos iremos igualando.

REGLA. No veo el consuelo.

PERALES. Sí, señora. El hombre tarda más en envejecer.

REGLA. Según, porque las hay que se resisten. Y no lo digo por mí.

PERALES. Usted tiene un lejos admirable.

REGLA. Y de cerca, arrepentimiento, ¿verdad?

PERALES. No, señora. Si no se le ve a usted una arruga.

REGLA. Es que duermo colgada.

PERALES. Yo he descuidado mucho esto del casamiento. Ahora noto la falta de una mujer que me atienda. Como me he pasado la vida viajando, pues es que no he tenido tiempo.

REGLA. ¡Hombre, no diga usted eso! Unas bendiciones se echan en la estación.

PERALES. Bueno. ¿Qué hago? ¿Me voy sin verla?

REGLA. (*Indicándole la dirección.*) Ahí está. Si quiere usted saludarla.

PERALES. Yo creo que no molestaré. (*Se encamina a donde le indica; pero se detiene sobrecogido por una tempestad de golpes que se supone dados sobre los muebles dentro de la dirección. Al mismo tiempo se oye la voz iracunda de don Ubaldo, que grita.*)

UBALDO. ¡Mamarracho! ¡Petardista! ¡Lo mismo que destrozo esta mesa, lo deshago a usted! (*Y siguen los golpes.*)

PERALES. Oiga: pero ¿hay ahí otro pretendiente?

REGLA. Nada, hombre. Todo eso es mentira.

PERALES. ¿Mentira? Pues ¡qué bien lo hace! Es para enfermar del corazón. (*Sacando un cangrejo del bolsillo.*) Mire usted, éste se ha muerto del susto.

REGLA. ¿Le da a usted miedo? Entre y verá.

PERALES. ¡Ca, hombre! Los animales tienen un gran instinto. Pero no crea usted que me desanimo, que volveré. Yo soy comisionista. (*Mutis foro.*)

(*Amalia asoma la cabeza por la dirección, y al convencerse de que se ha marchado Perales sale riendo.*)

REGLA. Eso lo hacéis con éste porque tiene comisiones de todo menos de hígado; que si dais con otro...

AMALIA. ¿Se ha ido muy aprisa?

REGLA. Agarrao a un cangrejo.

AMALIA. ¡Jesús qué hombre! No se quiere convencer de que no me gusta. ¡Qué americana! Mi padre dice que debe pagar contribución, porque es un despacho de comestibles en el bulevar.

REGLA. ¡Mírala!

AMALIA. Y es verdad; sí, señora. No le falta más que un dependiente en cada bolsillo.

REGLA. No; la verdad es que si se hace desnudista, hay que darle la razón. (*Suena tres veces un timbre.*) Eso es a mí. Vamos a seguir con las cuentas. Digo, si es que ha dejado tu padre mesa donde trabajar, porque con los golpes que ha dado...

(*Entra en la dirección. Amalia se dirige a su má quina de escribir y aparece* PILI *por el fondo.*)

PILI. (*Deteniéndose sorprendida.*) ¡Jesús, qué desanimado está esto!

AMALIA. (*Con alegría.*) ¡Ay, doña Pili. ¿Cómo está usted? ¿Y don Ignacio, se ha quedado en Bilbao?

PILI. (*Con aires de gran señora.*) Muchas preguntas son para contestarlas de una vez.

AMALIA. Pues tómese usted tiempo, que yo no tengo prisa.

PILI. Ya, ya veo que el quehacer no es mucho.

AMALIA. Es que nos inauguramos hace dos días; ya lo sabrá usted.

PILI. ¿Y tu padre?

AMALIA. Está en su despacho con la sumadora. ¿Lo llamo?

PILI. ¿Y Ojeda?

AMALIA. Vendrá en seguida.

PILI. ¡Qué! ¿Estáis contentos?

AMALIA. Mucho. Y muy agradecidos a usted.

PILI. No vale la pena.

AMALIA. ¿Cómo que no? Mi padre dice que no se lo explica.

PILI. ¿Por qué?

AMALIA. Porque... (*Bajando la voz.*) En confianza, él no se acuerda ni de usted ni de su padre, dice que usted está confundida.

PILI. Estoy segura de lo que digo. ¿Sabes que estás muy mona con ese vestidito?

AMALIA. Muchas gracias. Es el primero que estreno desde los doce años.

PILI. ¿Tú eres mecanógrafa?

AMALIA. Y taquígrafa, según dice mi padre.

PILI. ¿Conque según tu padre?

AMALIA. Sí, señora; a usted se lo digo porque sé que nos quiere. Pero cálleselo, porque yo aprenderé aquí.

UBALDO. (*Por su despacho.*) ¡Hombre! Esto es una alegría, sí, señor! ¡Tanto bueno por esta central!

PILI. ¿Qué tal de salud, don Ubaldo?

UBALDO. Vendiéndola. ¿Y don Ignacio?

PILI. No tardará. Yo me he adelantado por si había que subsanar algo antes que él viniera. Quiero que todo lo encuentre en su punto, que esté encantado con usted.

UBALDO. Créame que me confunde con tanta bondad.

PILI. Soy agradecida.

UBALDO. Me sigue usted confundiendo.

AMALIA. ¿Ve usted algo que no le pueda gustar a don Ignacio?

PILI. Que de los pocos empleados que hay, esté la tercera parte con permiso.

UBALDO. ¿Lo dice usted por Ojeda? Creo que vamos a tener una vacante.

PILI. ¿Cómo?

UBALDO. Que es un contable de los que confunden el mayor con el de en medio, y el diario con el liberal.

AMALIA. No tanto; pero él dice que no quiere robar el sueldo y que se marcha.

PILI. ¿Porque no sabe? Ese no es motivo.

UBALDO. Eso digo yo.

AMALIA. Ojeda es un hombre que tiene dignidad.

UBALDO. Se puede tener dignidad y estudiar la partida doble.

PILI. Pues siento tener que decirles a ustedes una cosa.

UBALDO. Diga.

PILI. Que como se marche Ojeda, se acaba esta oficina

AMALIA. ¿Eh?

UBALDO. ¿Habla usted en serio? Le advierto que yo puedo tener un buen contable mañana mismo.

PILI. Y mañana mismo convenzo a don Ignacio de que debe desistir de este negocio. ¿Me entiende?

UBALDO. Sí, sí. Ahora sí que la entiendo.

PILI. Entonces, sobran explicaciones. ¿No?

AMALIA. Yo, lo confieso, no acabo de comprender. (*Dándose cuenta poco a poco y angustiándose a medida que piensa.*) Es decir: yo no puedo pen-

sar... Yo no quiero. ¡Ay, que sí!, usted se propone...

PILI. Lo que a nadie le importa.

UBALDO. ¿A nadie? Según. (*A Amalia.*) Anda, entra en mi despacho y ayúdale a doña Regla.

AMALIA. Sí, sí. Pero le advierto a usted que estoy ya al cabo de la calle.

UBALDO. Ahí vamos a parar todos.

AMALIA. (*Mirando a Pili tristemente al hacer mutis.*) ¡Y parecía tan buena!

PILI. Creí que era usted un hombre más listo. Ha necesitado que se lo diga para entenderme.

UBALDO. No le extrañe; la imaginación va muy lejos, pero hay mujeres que van más lejos que la imaginación. Ahora veo el juego con toda claridad. Yo he sido el pretexto.

PILI. ¿Le pesa?

UBALDO. ¡Hombre! No es que me pese, pero ha dispuesto usted de mí como un paraguas.

PILI. No creo que para hacer el bien haya que pedir permiso al interesado.

UBALDO. Pues créalo usted. Porque si yo no tuviera eso. eso que acaba de entrar ahí, esta oficina se la ponía usted a cualquier amiga suya.

PILI. ¡Don Ubaldo!

UBALDO. Es gana de hablar. Yo no me puedo permitir el lujo de ser un hombre digno. Yo no soy más que un padre.

PILI. Me gusta usted más cuando habla en broma.

UBALDO. ¡Caray, es verdad!, me había salido de mi papel. Muchas gracias por el aviso. ¡Cuidado que es usted graciosa inventando historias! (*Riendo.*) ¡Que yo le ayudé a su padre cuando estuvo enfermo! Y resulta que no hemos sido vecinos; ni su padre ha estado enfermo, ni usted ha tenido padre conocido.

PILI. ¿Cómo?

UBALDO. Conocido por mí. ¡Y ese primo de don Ignacio tragándoselas como puños!

PILI. ¡Tenga usted cuidado con lo que habla!

UBALDO. Si esto es de usted para mí, si usted y yo somos uno. ¡Mire usted que tenemos poca vergüenza los dos!

PILI. ¡Oiga, don Ubaldo!...

UBALDO. ¿No le gusta verme alegre?

OJEDA. (*Por el foro.*) Buenos días.

UBALDO. ¡Hombre! Venga usted acá, amigo Ojeda. (*Bajo a Pili.*) (Como insista en irse lo amarro.)

PILI. (*Idem.*) (No le diga nada. Déjeme con él, que no se irá.)

OJEDA. (*Aproximándose.*) ¿Qué tal? ¿Cómo está usted?

PILI. (*En cocote.*) Bien. Es decir: usted verá si estoy mal.

UBALDO. Claro, hombre, ¡qué pregunta! ¡Ea!, dispensen un momento, que tengo que despachar la correspondencia.

PILI. Haga el favor. Ese chico..., el botones. ¿Es curioso?

UBALDO. ¡Hombre, ha sido limpia!

PILI. Mándelo usted a cualquier lado.

UBALDO. ¡Gamuza!

GAMUZA. (*Asomando al fondo.*) Mande.

UBALDO. Lárgate a cualquier lado, por dos reales de cualquier cosa.

GAMUZA. ¿Cómo?

UBALDO. A la vuelta comerás, anda.

GAMUZA. Bueno, pero..., yo no tengo dos reales.

UBALDO. Ni yo, hombre.

PILI. (*Dándole un duro.*) Toma.

GAMUZA. ¡Un duro!

UBALDO. Sí. Y no vuelvas hasta que te lo hayas gastado todo en tranvía.

GAMUZA. ¡Vaya paseo! (*Hace mutis.*)

UBALDO. En esas butacas se está muy cómodos. (*Entra en su despacho.*)

PILI. (*A Ojeda, que la mira con extrañeza.*) ¿Le sorprenden a usted estos preparativos?

OJEDA. No, digo, sí. Bueno, como usted comprenderá, no tengo ya edad de asustarme de nada.

PILI. ¡Natural, hombre! ¿De qué te vas a asustar tú? ¿Me permites el tuteo?

OJEDA. Sí.

PILI. (*Sentándose en una butaca, adoptando una postura cómoda y encendiendo un cigarrillo.*) Siéntate, que te doy permiso.

OJEDA. (*Tratando de ponerse a tono.*) Gracias, chacha.

PILI. A mí no me extraña que no me recuerdes. Los hombres sois tan cerrados de mollera, que os dejáis deslumbrar por cualquier birria y pasáis por el lado de una mujer de postín y ni siquiera os enteráis.

OJEDA. Puede ser. Pero yo no recuerdo haberte visto hasta ahora.

PILI. Natural. Como que te tenía ciego Charito.

OJEDA. Puede.

PILI. ¿Y qué ha pasado en cuanto te quedaste sin pasta?

OJEDA. No ha pasado nada. Ella sigue su vida y yo la mía.

PILI. Después de explotarte.

OJEDA. Era su obligación.

(*Suena el timbre del teléfono que hay sobre la mesa.* DON UBALDO *sale temeroso y vacilante de su despacho y va a coger el auricular. Pili hace un gesto de indignación, y don Ubaldo desaparece.*)

PILI. ¡El viejo idiota!

NICOLÁS. (*Por el fondo, a media voz y mirando receloso hacia el despacho de don Ubaldo.*) Perdone un momento, doña Pili. Yo necesito que usted me escuche.

PILI. (*Levantándose contrariada.*) Sí que es usted oportuno.

NICOLÁS. Voy a ser muy breve. Es que se me niega la entrada aquí, y yo quiero que usted me ayude a convencer a don Ignacio para un negocio...

PILI. Déjeme ahora en paz. (*Suena otra vez el teléfono.*)

NICOLÁS. Se trata de la compra de unas acciones, en lo cual llevaría usted una bonita comisión. (*A Ojeda.*) Sea usted discreto.

OJEDA. ¿Yo?

NICOLÁS. (*Sonriendo maliciosamente.*) No, ya supongo... Discreción por discreción.

PILI. ¿Se quiere usted marchar?

NICOLÁS. En seguida, en seguida.

PILI. Entre usted y el teléfono me están poniendo nerviosa.

NICOLÁS. Esto se arregla así. (*Descuelga el auricular, procurando que quede disimulado entre los objetos que hay en la mesa.*)

PILI. Y el que usted se marche, ¿cómo se arregla?

NICOLÁS. Prometiéndome su influencia en esto de las acciones.

PILI. Bueno, hombre, se lo prometo; lo que usted quiera.

NICOLÁS. (*Estrechándole entusiasmado la mano.*) Si conse-

guimos la compra, le van a corresponder buenas pesetas, y para usted también habrá algo, Ojedita. Yo soy más agradecido que ese granuja que está ahí dentro.

OJEDA. De mí no se ocupe; gracias.

NICOLÁS. Pues no molesto más. ¡Suerte, pareja feliz! Yo soy un pozo, ¿eh?; yo soy un pozo. (*Se va por donde vino.*)

PILI. Vamos a ver si es posible que nos dejen.

OJEDA. Chica, la verdad, estoy pensando dónde nos hemos visto que no haya sido en el café, y no caigo.

PILI. Yo a ti en muchas partes. ¿Tendré que decirte que siempre me has interesado?

OJEDA. Gracias. Pero ya sabes que se me acabó el dinero.

PILI. ¡Qué noticia! Poquito que me alegro yo de que sea así. Ahora, si me acerco al señorito Ojeda, no pensará que es por el interés.

OJEDA. ¿Cómo?

PILI. ¿No te has dado cuenta de que he seguido tus pasos?

OJEDA. No.

PILI. ¡Vamos, no me hagas hablar más de lo debido, que debajo del colorete siempre queda algo natural!

OJEDA. Te advierto que este papel de niño bonito me es poco simpático.

PILI. Déjate de escrúpulos; yo he hecho por ti lo que he podido, y ni siquiera te pienso pedir que me lo agradezcas.

OJEDA. ¡Oye, oye! ¿Qué has hecho tú por mí?

PILI. ¿No te das cuenta, hombre? Esto. ¿Por quién he movido yo este jaleo de la oficina? ¿O es que has creído la historia de mi gratitud a don Ubaldo?

OJEDA. No está mal.

PILI. He querido demostrarte que merezco la pena de que se fijen en mí. Yo me di cuenta de tu situación el primer día que te vi en el café. Pupila que tiene una. Me ha cogido en momento en que te puedo ayudar y he aprovechado.

OJEDA. Pues no sabes cuánto te lo agradezco.

PILI. No merece la pena.

OJEDA. Y cuánto siento que te hayas tomado ese trabajo. Porque hoy renuncio a mi empleo. Tenía ese propósito, y ahora con más razón.

PILI. Tú no harás esa tontería.

OJEDA. ¿Por quién me tomas?

PILI. ¡Ah! Pero ¿es orgullo?

OJEDA. Llámalo como quieras. Yo no sé vivir de esta clase de favores,

PILI. (*Levantándose indignada.*) ¿De que te las das tú, di?

OJEDA. No preguntes lo que no puedes entender.

PILI. Está bien. Pues se acabó. Hoy mismo se cierra esto.

OJEDA. No es para tanto. ¿Qué culpa tienen los demás?

PILI. Yo no lo he hecho por los demás, sino por ti, y ya me pesa. (*Cogiendo el auricular del teléfono y marcando un número.*) ¿Hotel Palas? Dígale a don Ignacio Arizmendi que su esposa le está esperando en la oficina. Que venga pronto.

OJEDA. Reflexiona un poco.

PILI. (*Paseando furiosa.*) Guárdese usted sus consejos. (*Llamando.*) ¡Don Ubaldo!

UBALDO. (*Asomándose con timidez por su despacho.*) ¿Se puede ya?

PILI. Sí, señor.

UBALDO. (*Con la ansiedad retratada en la cara, aproximándose a Ojeda y en voz baja.*) ¿Qué, Ojedita, qué?

OJEDA. (*Tras breve vacilación.*) Que me quedo.

UBALDO. ¡Ole!

PILI. ¿De veras?

OJEDA. Lo he pensado mejor.

PILI. (*Con alegría.*) ¡Así se habla! (*A don Ubaldo.*) ¿Ve usted cómo se queda?

AMALIA. (*Saliendo del despacho y deteniéndose con tristeza.*) ¡Se queda!

OJEDA. (*Bajo a Amalia.*) ¿No era eso lo que usted quería?

AMALIA. (*Idem.*) ¡No, ahora no!

PILI. ¡Ea!, a trabajar. Es necesario que Ignacio esté contento para que prosperemos todos. (*Da a Ojeda una guantadita cariñosa.*) Me han dicho que venía para acá.

UBALDO. (*Asomándose a la dirección.*) Doña Regla, a su sitio, que viene don Ignacio.

REGLA. (*Por dicho lado, sacándole brillo a un secafirmas.*) Que venga, todo está muy limpio. (*A Pili.*) Buenas tardes. (*Reparando en el suelo.*) Pero ¿quién ha puesto aquí las pezuñas? (*Pasa la bayeta donde se indica.*)

UBALDO. (*A doña Regla, un poco nervioso.*) Ande, ande a su sitio. (*A su hija.*) Y tú, a tu máquina. (*A Ojeda.*) Y usted, a sus libros.

AMALIA. (*Temerosa.*) ¡Dios mío! Tengo unos nervios.

PILI. No se apure, que todo le va a parecer muy bien. Cuando yo lo digo...

AMALIA. (*Con doble intención.*) Sí, sí. Ya he visto que usted hace milagros. Ojeda, si se ve usted apurado, diga que es el mecanógrafo, que yo diré que soy la contable.

UBALDO. Vaya, no hay que decir tonterías, y menos delante de nadie. (*A media voz.*) Ensaye usted, doña Regla. Si no está muy segura, inutilice la tecla de los millones. Hija, procura estar bien de dedos. (*A Ojeda.*) Usted haga muchos números, que ya vendrá otro a ponerlo en orden. Ahí van chicles. (*Da uno a cada empleado.*)

REGLA. Nos estamos poniendo de goma que nos vamos a quedar pegados por dentro.

IGNACIO. (*Por el foro con don Nicolás.*) ¡Buenos días!

PILI. ¡Ya es hora, hombre!

IGNACIO. ¿Te he hecho esperar mucho?

PILI. Algo.

UBALDO. ¿Qué tal, don Ignacio? (*Con temor.*) A ver qué le parece esto. ¿He interpretado bien su idea?

IGNACIO. (*Observándolo todo y marcando un gesto de disgusto.*) Hombre... No.

PILI. (*Al quite.*) ¡Qué acierto! ¿Verdad, Ignacio?

IGNACIO. (*Rectificando.*) No puede estar mejor. Esto es lo que yo quería: local espléndido y soleado; muebles modernos... ¿Le gusta, don Nicolás?

NICOLÁS. Precioso. Parece una peluquería a la moda.

IGNACIO. (*Molesto.*) ¿Por qué?

NICOLÁS. No sé, da esa sensación. Aquí un sillón y un peluquero; allá otro con las tijeras.

UBALDO. No haga usted caso. Este señor tiene manía persecutoria: por todos lados ve barberos.

PILI. (*Aparte a don Ignacio.*) ¿Por qué traes aquí a este hombre?

IGNACIO. (*Idem.*) ¡Si me estaba esperando en la escalera! Quiere hablarme de un negocio.

PILI. (*Idem.*) Echalo.

IGNACIO. Don Nicolás, ¿le molestaría a usted mucho esperarme en el café?

NICOLÁS. Si me dedica usted media hora...

IGNACIO. Se lo prometo.

NICOLÁS. Pues hasta después. Adiós a todos. Y enhorabuena, don Ubaldo.

UBALDO. Gracias. Y no deje usted de venir por aquí. (*Indica el mirador. Don Nicolás hace mutis.*)

IGNACIO. Insisto en lo que le decía en mi carta: es escaso el personal.

UBALDO. ¿Para qué más gasto, don Ignacio? Hay que empezar por poco.

IGNACIO. No, no lo entiende usted. Hay que dar la sensación de una gran entidad. Que el que entre aquí piense: ¡Caray, qué empleomanía! Aquí sobra el dinero.

UBALDO. Y lo dirá.

IGNACIO. Pues no lo entiendo.

UBALDO. (*A Amalia, que teclea de un modo furioso.*) Entra en "Cuentas corrientes" y diles a los empleados que ha pasado el descanso.

AMALIA. Voy. (*Entra derecha.*)

PILI. Parece una chica lista.

UBALDO. De las mecanógrafas que tengo, la mejor.

IGNACIO. No recuerdo que me haya usted dado noticias de esos empleados. ¿Cuántos tiene usted ahí?

UBALDO. Unos ochenta.

IGNACIO. Me parecen muchos. (*Suena a la derecha un nutrido teclear de máquinas en el que se mezclan voces que gritan cantidades y otras que dictan cartas. Parece que en dicho departamento están en plena actividad los ochenta empleados de que habló don Ubaldo.*) ¡Caray!

AMALIA. (*Por donde se fué.*) ¿Suena bien? He puesto aguja nueva. (*Se sienta en su máquina.*)

PILI. ¡Le parece a usted!

UBALDO. Sí. Es un disco impresionado en el Banco de España.

IGNACIO. Pero eso...

UBALDO. Esos no van a los paritarios.

IGNACIO. Bueno. ¿Y si pasa ahí dentro un cliente, qué?

UBALDO. Cuando sea preciso que pase, ya habrá empleados de verdad. Por ahora, y hasta que ingrese dinero, lo importante es dar buena sensación. ¿No es así? (*Cesa el disco.*)

IGNACIO. Amigo, tiene usted unas condiciones de hombre de negocios.

UBALDO. ¡Cada uno es lo granuja que puede!

IGNACIO. Bien. Vamos a ver su despacho.

UBALDO. (*A doña Regla.*) Vaya a ocupar su puesto allí.

IGNACIO. ¿Esta señora?...

UBALDO. Es una empleada de quita y pon. (*Hacen mutis izquierda.*)

OJEDA. (*Aproximándose afectuoso a Amalia.*) ¿Está usted enfadada conmigo?

AMALIA. ¿Por qué? ¿Tengo yo derecho a enfadarme? Estoy extrañada, nada más que extrañada. Primero dice usted que se va porque no quiere robar el sueldo; luego..., por la influencia de esta mujer, ya no tiene usted escrúpulo en quedarse. Usted sabrá lo que quiere.

OJEDA. Ante todo, no perjudicar a su padre.

AMALIA. Mi padre tiene ya costumbre de vivir perjudicado.

OJEDA. Luego, ganar tiempo.

AMALIA. Pues ¿qué espera?

OJEDA. No lo sé. Lo que sí puedo asegurarle es que *esa señora* no será quien disponga de mi suerte.

AMALIA. Ojeda...

OJEDA. Antonio.

AMALIA. Antonio. ¡Yo le hubiera agradecido tanto que se marchara!

OJEDA. ¡Y yo hubiera sentido tanto las consecuencias!... Tenga, como yo, confianza en lo imprevisto.

AMALIA. ¡Las mismas palabras de mi padre! Confiando en lo imprevisto nos hemos acostado muchas noches sin cenar.

OJEDA. Sin embargo...

AMALIA. Mire: hubo una temporada en que iba mi padre casi con los codos fuera; pero él decía: "Pronto tendré otra ropa; confío en lo imprevisto." Y, efectivamente, un amigo le regaló un traje.

OJEDA. ¿Ve usted?

AMALIA. Pero tan ancho, tan grandote, que no se lo podía poner. Y como no había para que se lo arreglaran, pues tuvo que ir otra temporada vestido como Charlot. Desde entonces, no lo puedo remediar, siempre que oigo hablar de lo imprevisto, veo en mi imaginación un traje que nos viene ancho.

OJEDA. Pues yo...

AMALIA. (*Viendo moverse la mampara de la dirección.*) ¡A su sitio! ¡Pronto!

(*Ojeda obedece; pero no puede evitar que Pili, al salir, se dé cuenta de la maniobra.*)

IGNACIO. (*Con don Ubaldo y Pili por donde se indica.*)

Convencido, convencido. Usted tiene razón siempre.

PILI. (*Sonriendo.*) En lo que creo que nos ha mentido usted un poco es en las aptitudes de la taquimeca.

UBALDO. ¿Mentir? No, por cierto. Yo no le hubiese dado ese cargo a mi hija si no lo supiera desempeñar.

PILI. ¿Está usted seguro?

UBALDO. ¡Como no se le haya olvidado! Ya saben ustedes que hay que practicarlo, y como ella ha tenido que desempeñar tantas cosas...

PILI. ¿Muchas?

UBALDO. Todo lo de casa. Pero, vamos, creo que sabe ganar su sueldo.

IGNACIO. Naturalmente, Pili. Cuando don Ubaldo lo dice... Y a propósito: tengo que escribirle a un fabricante de Badalona acusándole recibo de... (*A Amalia.*) ¿Quiere usted hacerme el favor de tomar la carta en taquigrafía?

AMALIA. Ya lo creo. ¿Verdad que sí, padre? ¡Pues faltaba más! (*Cogiendo un bloc y un lápiz.*) Diga.

IGNACIO. (*Dictando muy aprisa.*) Señor D. Juan Puch. Muy señor mío: Su remesa de algodón llegó en estado lamentable a causa de la lluvia y por el mal estado del vagón, que era una calamidad.

AMALIA. (*Trazando muy nerviosa los signos que le da la gana.*) Calamidad.

IGNACIO. Una paca, sobre todo, vino tan mojada, que hubo que ponerla sobre el piso del horno. El próximo pedido lo suprimo.

AMALIA. Primo.

IGNACIO. Emplee en sus envíos embalaje impermeable, en evitación de estos contratiempos. De usted afectísimo, etc.

AMALIA. Etcétera.

IGNACIO. (*Asombrando, mirando la cuartilla.*) ¡Caray, qué entrenamiento!

UBALDO. ¿Esta? No se le va ni un estornudo.

PILI. (*Con sorna.*) ¡Qué duda cabe!

IGNACIO. (*A Amalia.*) Sáqueme esta carta a máquina por duplicado.

AMALIA. Sí, sí. Ahora mismo. ¿Verdad, padre? Ahora.

UBALDO. Sí, sí. Ahora va a ser. ¿Verdad, hija? (*Amalia se sienta a la máquina y no acierta ni a poner el papel.*)

IGNACIO. (*Aproximándose a Ojeda y examinando su trabajo.*) ¿Tiene usted todavía el diario sin abrir?

OJEDA. Sí. Pero lo abriré.

UBALDO. (*Bajo a Pili.*) ¡Echele usted un capote a Ojeda, que lo encuna!

PILI. (*Idem.*) ¿A Ojeda o a la mecanógrafa?

UBALDO. Es igual. Para todos va a haber hule.

IGNACIO. (*A Ojeda.*) ¿Qué partida es ésta?

PILI. Ignacio, ¿me vas a tener aquí toda la mañana?

IGNACIO. Un momentito; en cuanto esta señorita escriba la carta, nos vamos.

PILI. Yo no espero más; que te manden la carta al hotel.

IGNACIO. Mujer, es que...

PILI. Nada, nada, que estoy ya nerviosa.

AMALIA. (*Aparte.*) ¡Y eso que no la tiene que escribir ella!

IGNACIO. (*Resignado.*) Bueno; don Ubaldo, haga el favor de mandarme al hotel esa carta.

UBALDO. (*Respirando.*) Dentro de cinco minutos la tiene usted allí.

PILI. Anda, anda.

IGNACIO. Hasta luego. (*Haciendo mutis.*) ¡Qué prisa te ha entrado!

UBALDO. (*A su hija, que lanza un suspiro de alivio.*) ¿Qué es lo que escribiste, hija mía?

AMALIA. No sé; muchos puntos y muchas rayas.

UBALDO. Que te sentiste de telégrafos.

AMALIA. Pero me acuerdo de todo lo que me dijo.

OJEDA. (*Sentándose a la máquina.*) Si se acuerda, dicte. Hay que salvar este compromiso.

UBALDO. Pero aprisa. ¿A ver?

AMALIA. Señor D. Juan Puch.

OJEDA. Siga.

AMALIA. ¡Ay, cómo era! ¡Sí, sí! La Paca llegó mojada por no tener impermeable.

UBALDO. ¡Eh!

AMALIA. Y la he tenido que poner un piso en la calle del Horno.

UBALDO. ¡Tu tía!

OJEDA. No es eso.

UBALDO. ¡Cómo le va a poner un piso a esa paca, si es de algodón!

AMALIA. Pues si no era así, era muy parecido.

UBALDO. (*Recordando.*) Espera. Dijo... (*Dictando.*) Si me manda usted algodón, que esté bien seco el vagón.

OJEDA. ¡Don Ubaldo!

UBALDO. Calle, hombre; ¡si es que estoy ya que hago aleluyas!

REGLA. (*Por la dirección con una cuartilla en la mano.*) Yo, yo la tengo. Aquí está.

UBALDO. ¿Lo que dijo?

REGLA. Sí.

UBALDO. ¡Doña Regla de mi alma!

REGLA. Para algo había de servirme la memoria. Mientras Amalita pasaba sus apuros, yo me iba quedando con lo que dictaba don Ignacio. He tardado un poco en escribirla. A ver si es eso.

UBALDO. (*Tras de leer para sí la cuartilla.*) ¡Ole! Cópiela en seguida, Ojeda.

REGLA. De la ortografía no haga usted caso, porque me suelo colar.

OJEDA. No tiene importancia.

UBALDO. Ha puesto usted algodón con hache, pero puede ser hidrófilo.

OJEDA. Dícteme, Amalia. Haga el favor. (*Amalia se sienta próxima a Ojeda y le dicta.*)

REGLA. (*Trayendo a don Ubaldo a primer término y a media voz.*) Es necesario que hablemos, don Ubaldo, aunque usted se enfade.

UBALDO. ¿Qué pasa?

REGLA. (*Por Ojeda.*) Ese hombre es aquí un peligro. Es un perdis, y usted está dando lugar a que Amalia se encalabrine.

UBALDO. Pero hombre. ¿Por qué no se dedica usted a aprender la máquina y se deja de historias?

GAMUZA. (*Por el fondo.*) Don Ubaldo, ya me he gastao el duro en el tranvía.

UBALDO. Pues guarda los capicúas.

OJEDA. (*Con la carta ya escrita y metida en el sobre.*) ¡Pronto! Al Palace a llevarle esta carta a don Ignacio.

AMALIA. Pero volando.

GAMUZA. (*A don Ubaldo.*) Déme ustez p'al tranvía.

UBALDO. ¿Cómo? ¡Tú eres un vicioso! ¡Arrea! (*Gamuza desaparece por el fondo.*)

REGLA. (*Mirando el reloj.*) Falta un cuarto de hora para la salida. (*A don Ubaldo.*) ¿Me permite usted que me adelante para ver cómo va el cocido?

UBALDO. Doña Regla, en cuestiones burocráticas, la puntualidad es una de las cosas que tienen más en cuenta los norteamericanos...

REGLA. Bueno, bueno. Si luego comemos los garbanzos duros...

UBALDO. No he terminado. Pero los garbanzos es una de

las cosas que tenemos más en cuenta los españoles. ¡Márchese!

REGLA. (*Colocándose con presteza un sombrerete que le está como un tiro.*) Hasta luego. No tarden. (*Mutis foro.*)

(*Suena el teléfono.*)

UBALDO. (*Cogiendo el auricular.*) ¿Quién? Al habla. ¿Quién es? Ahora va. Ojeda. (*Le indica el aparato.*)

OJEDA. (*Al habla.*) Diga. Sí, ya he conocido la voz. ¿Esquina a Barquillo? Bien; dentro de unos minutos estoy ahí. ¿Cómo? Tu esclavo. ¿Quieres más? Sí, sí; ahora mismo. Adiós. (*Cuelga haciendo un gesto de enojo.*)

(*Durante este breve monólogo, Amalia, pálida, inmóvil y expresando en su gesto celos y amargura, se apoya en un mueble mirando con fuerza a Ojeda.*)

UBALDO. (*Que observa a su hija.*) Un amigo, ¿verdad?

OJEDA. (*Comprendiendo.*) Si, un amigo: Enrique Barahona.

AMALIA. (*Temblándole la voz.*) ¿Y va usted a ir a la cita de ese amigo?

OJEDA. Yo no falto nunca a mi palabra.

AMALIA. Pues yo creo que hay veces que lo más decente es faltar a ella.

UBALDO. Pero ¿a ti qué te importa lo que haga Ojeda?

OJEDA. No se enfade. Yo agradezco su interés.

AMALIA. ¿Interés? ¡Qué gracioso! A mí me trae usted sin cuidado.

UBALDO. (*Mirando el reloj.*) ¡La hora! (*Como si la oficina estuviese llena de empleados, haciendo sonar un gong que hay sobre una mesa.*) Vayan recogiendo. Se acabó el trabajo.

OJEDA. ¿A quién le dice usted?

UBALDO. A nadie. Es para entrenarme. Esperad, que voy a recoger unos papeles. (*Entra en la dirección.*)

OJEDA. (*A Amalia, que de espaldas a él disimula sus lágrimas.*) ¿Qué es eso, está usted llorando?

AMALIA. ¿Yo?

OJEDA. Sí; ¿para qué lo niega, si usted no sabe disimular? (*Con dulzura.*) ¡Amalia!

AMALIA. (*Suplicante y en un impulso que no puede dominar.*) ¡No vaya usted a esa cita, Antonio! ¡No me haga sufrir con esa mujer!

OJEDA. ¡Amalia! ¿Se da usted cuenta de lo que está diciendo?

AMALIA. (*Sin perder el tono lloroso.*) ¡Anda, y usted también! ¿O es que se va a hacer de nuevas? ¿No sabe que le quiero desde que le conozco?

OJEDA. Sí.

AMALIA. Yo no se lo hubiera dicho. Pero ¡como ahora somos nosotras las que tenemos que declararnos!...

OJEDA. ¿De veras?

AMALIA. ¡Hombre, usted no parece del día! Si no le gusto, si no me quiere, dígalo. Yo sé sufrir y callarme. Y también sé...

OJEDA. ¿Qué?

AMALIA. Nada. ¡Tengo un ansia de cariño! Pero diga usted algo; no me mire así, tan fijo, que me empieza a dar vergüenza.

OJEDA. Siga.

AMALIA. No.

OJEDA. Si es que disfruto oyéndola.

AMALIA. Sí, y presumiendo.

OJEDA. Hay en usted una cosa que no he visto en ninguna mujer.

AMALIA. No me asuste. ¿Qué es lo que me sobra?

OJEDA. Me refiero a su ingenuidad; eso que, cuando no es fingido, vale más que la hermosura.

AMALIA. Siga, siga.

OJEDA. Ahora es usted la que presume.

AMALIA. No, señor; es que veo que no me va usted a dar calabazas.

OJEDA. ¿Cuántos novios ha tenido usted?

AMALIA. Ninguno. Es decir, tuve uno en el colegio; pero murió del sarampión.

OJEDA. Pues para ser yo el primer novio no ha tenido usted mucha suerte.

AMALIA. ¡Ay, que es usted casado!

OJEDA. No. ¡Pobre mujer! Pero soy una calamidad: Sin dinero, sin carrera, sin saber hacer nada... No ha tenido usted suerte, Amalia.

AMALIA. Vamos, calle. Menos sabe mi padre y ha llegado a jefe.

OJEDA. Temo no poder hacerla feliz.

AMALIA. Yo lo soy con que me diga usted una sola cosa.

OJEDA. ¿Qué?

AMALIA. Que no va usted a esa cita.

OJEDA. Desde hoy ni a esa ni a ninguna.

AMALIA. ¿De verdad?

OJEDA. Oigame, Amalia: yo no puedo seguir aquí siendo un peligro constante para la tranquilidad de usted. Por otra parte, yo necesito rehacer mi vida. (*Cogiéndola las manos.*) Ahora más que nunca. Porque yo la quiero, ¿sabe?

AMALIA. ¡Ay, qué alegría! Dígamelo otra vez, que no lo he entendido.

OJEDA. La quiero. Por eso debo luchar por salir adelante.

AMALIA. ¿Qué va usted a hacer?

OJEDA. Tengo en Burdeos un hermano de mi padre a quien apenas conozco. Creo que se dedica a negocios, iré a su lado y procuraré, sobre todo, aprender a trabajar.

AMALIA. ¡Dios mío, a Burdeos! ¡Con lo revolucionados que están los chinos!

OJEDA. (*Sonriendo.*) Los chinos de Burdeos están ahora tranquilos.

AMALIA. Haga usted lo que quiera.

OJEDA. De tú.

AMALIA. Haz lo que te dé la gana. Pero te seguirá esa mujer.

OJEDA. ¿Quién va a decirle donde estoy?

AMALIA. ¿No te irás por olvidarme?

OJEDA. ¿Cómo quieres que te lo jure?

AMALIA. (*Mirando con cautela por la puerta entreabierta del despacho de su padre, bajando la voz y presentándole a Ojeda la cara con coquetería.*) Júralo como quieras, pero que no suene.

(*Ojeda va a besarla, pero ve salir a* DON UBALDO *y disimula.*)

UBALDO. (*Por la dirección.*) Está el día caluroso, ¿verdad?

OJEDA. Bastante.

UBALDO. Sí, sí. Se apetece el beso de la brisa del fresco, pero el fresco no besa. Ea, vamos.

AMALIA. (*Que hace como que recoge algo de la máquina de escribir.*) ¿No se le olvida nada, padre?

UBALDO. Nada. (*Con intención.*) ¿Y tú, no echarás algo en olvido?

AMALIA. No, señor.

UBALDO. (*Llevándose aparte a Ojeda.*) Oigame: No tengo nada más que eso en el mundo. ¿Usted me entiende?

OJEDA. ¡Don Ubaldo, por Dios!

UBALDO. Bien. Creo que me entiende. A otra cosa.

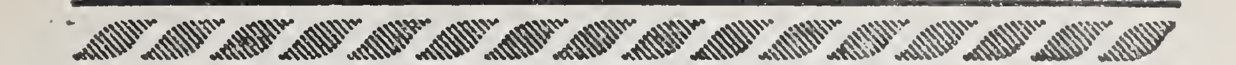
AMALIA. ¿Decía usted?

UBALDO. (*Un poco nervioso.*) Que a cosa, digo, que a otra casa. Que a casa y al coci. Vamos. (*Se dirige al foro. Amalia y Ojeda se adelantan. Don Ubaldo les detiene.*) Esperad. Esa no es la formación. (*Dando el brazo a su hija y marchando delante.*) Así.

AMALIA. ¡Pero, padre!

UBALDO. ¡Narices! Todavía le toca a éste ir detrás. (*Hacen mutis.*)

TELON



ACTO TERCERO

Despacho de DON UBALDO, a tono con la instalación del segundo acto. A la derecha, mampara que comunica con las oficinas; a la izquierda, balcón. Al fondo, dos puertas; la de la izquierda corresponde a una habitación muy pequeña, cuyo interior ha de verse cuando se indique, la otra da al vestíbulo. A la izquierda, máquina de escribir y un fichero de persiana de un solo cuerpo. Teléfono sobre la mesa despacho y aparato de telegrafía Morse en una mesita próxima a la puerta de la habitación del fondo. Sobre la mesa despacho y otros muebles, frascos de cristal con muestras de petróleo; en las paredes, fotografías de pozos petrolíferos. En lugares bien visibles, un muestrario de pared, en forma de panoplia, con cohetes de todos los tamaños, y un cartel que dice: "Pistoleros, de cinco a seis".

UBALDO. *(Próximo a la puerta del fondo despide a un Cliente. Amalia ordena un fichero.)* Desde luego. señor, váyase tranquilo. Esta sociedad defiende como ninguna los intereses que se le confían.

CLIENTE. Así lo creo. La seriedad de su director lo abona.

UBALDO. Lo abona mi seriedad y la caja. Adiós. *(Hace mutis el Cliente. Entreabriendo la mampara de la derecha.)* Puede pasar el siguiente.

SEÑORA. *(Por dicho lado. Bien vestida, con aspecto de tendera retirada.)* ¡Señor director!

UBALDO. Señora...

SEÑORA. Voy a entretenerlo lo menos posible, porque ya he leído que aquí el tiempo es oro.

UBALDO. Para usted lo dejaremos en plata nada más. Siéntese y diga.

SEÑORA. Deseo adquirir unas acciones de "La Petrolera Soriana".

UBALDO. ¡Qué a punto llega usted! Se están agotando. ¿Desea muchas?

SEÑORA. Veinte.

UBALDO. ¡Qué casualidad! Las que quedan.

SEÑORA. Supongo que no me habrán informado mal, y que "La Petrolera Soriana" será un negocio seguro.

UBALDO. ¡Señora, por Dios! A nuestros pozos no se les ve el fondo. (*Mostrándole la fotografía.*) Mire, mire. Son los mismos que hay en América, sino que aquí los explotamos por el otro lado. (*Mostrándole un frasco.*) ¡Y qué casualidad! Fíjese en la transparencia. Es un petróleo que lo ve un quinqué y se rejuvenece. ¿Le echo unas gotas en el pañuelo?

SEÑORA. No, gracias.

(*Llaman al teléfono.*)

UBALDO. Con su permiso. (*Al aparato.*) ¡Aló! ¡Aló! ¡Ah! ¿Es usted, míster Guirigay? (*A la Señora.*) Nuestro ingeniero jefe en Soria. (*Al aparato.*) ¿Es posible? ¡Magnífico! Sí, sí. Indudablemente, eso es una verdadera riqueza. Adiós, adiós. (*Cuelga y dice entusiasmado.*) ¡El petróleo en terrón! ¡Ya no cabe más!

SEÑORA. Dígame. ¿Estos cohetes?

UBALDO. Modesta invención mía. En vez de pólvora llevan petróleo y un mecherito Auer. Muy prácticos para alumbrarles el camino a los aviadores.

SEÑORA. Pero estarán muy poco tiempo en el aire.

UBALDO. No lo crea. Cuando va a caer uno, se suelta otro y lo sostiene. En este negocio estoy a medias con una casa norteamericana. Los valores de "La Cohetera" se cotizan en la bolsa de Nueva York en primera línea! (*Empieza a funcionar el Morse.*) Y a propósito, noticias de allá. Con su permiso. (*Leyendo la cinta.*) ¡Hombre, bajan los Ford! ¡El trust de los patos ha hecho *crac!* (*Con alegría.*) ¡Los cohetes suben! (*Cesa la transmisión. Frotándose las manos.*) ¡Qué suerte! ¡Qué suerte la mía para los negocios! Perdóneme, señora; pero es que no tengo más remedio que felicitarme.

SEÑORA. Ya, ya veo que donde usted se mete...

UBALDO. Donde yo me meto no cabe todo el mundo.

SEÑORA. (*Sonriendo.*) No me extraña que tenga usted buen humor. Yéndole tan bien los negocios...

UBALDO. Usted es comprensiva.

SEÑORA. Dígame. ¿Y no quedan más acciones de "La Petrolera Soriana"?

UBALDO. Creo que son las últimas. Señorita, ¿quiere decirme con exactitud las que restan?

AMALIA. (*Tras mirar un libro.*) Setenta y cinco.

SEÑORA. Me quedo con todas.

UBALDO. Enhorabuena.

SEÑORA. Usted me dirá donde...

UBALDO. Señorita, a la caja con esta señora.

SEÑORA. Muy agradecida. Adiós.

UBALDO. A sus pies. (*Hace mutis Amalia por la derecha acompañando a la Señora. Secándose el sudor.*) ¡Señores, qué mañanita! (*Suena el teléfono.*) ¿Qué querrá ésta? (*Tomando el auricular.*) No, señora; puede venir otro cliente. Y a ver si está usted más lista para el Morse; hay que transmitir antes las noticias de Nueva York...

(*Se abre la puerta izquierda del fondo y se ve una habitación reducidísima, en la que hay un teléfono y un aparato Morse.*)

REGLA. (*En la puerta de dicha habitación.*) ¡Don Ubaldo, que estoy entumecida!

UBALDO. (*Pensando que la oye por el teléfono.*) Pues ya le daré fricciones. (*Colgando y permaneciendo de espaldas al foro.*) ¡La muy idiota!

REGLA. (*Sin moverse de donde está.*) ¡Hombre! El idiota lo es usted.

UBALDO. (*Precipitándose a coger el auricular y poniéndoselo en el oído.*) ¿Cómo?

REGLA. (*Avanzando.*) ¡Que no hay derecho a faltar, don Ubaldo!

UBALDO. (*Colgando al darse cuenta de su equivocación.*) ¡Ay, es verdad; no me acordaba!

REGLA. Que llevo toda la mañana en esa estrechez de chiscón que hasta para desperezarme tengo que hacerlo primero con un brazo y luego con otro.

UBALDO. Hombre, no diga usted eso, si la tengo de viaje de Soria a Nueva York y de Nueva York a Soria.

REGLA. ¡Dios mío, qué trapalón! ¡Si no lo viera no lo creería!

UBALDO. ¿Trapalón por qué? Yo no hago más que acreditar mi género como todos los comerciantes. ¿O es que cuando se va usted a comprar un vestido le dice el dependiente que se le va a quedar en el

primer lavado? ¿En qué engaño yo? ¿No existe Soria?

REGLA. Diciéndolo usted no estoy segura.

UBALDO. ¿No tenemos allí, gracias a don Nicolás, unos terrenos petrolíferos?

REGLA. Sí, señor.

UBALDO. Pues ¿qué de particular tiene que yo coloque el mayor número posible de acciones? (*Con alegría repentina.*) ¡Y que hay petróleo, doña Regla! ¡Que nos vamos a enriquecer!

REGLA. ¡Bueno; don Nicolás le pone a usted una bomba!

UBALDO. Y yo le voy a levantar una estatua. ¡Qué ajeno estaba él de que esas acciones, que tanto ha luchado por venderle a don Ignacio, eran una verdadera fortuna!

REGLA. ¡Si cuando el pobre fundó la sociedad no encontró petróleo ni en el pueblo de al lado!

UBALDO. Toma, por eso le compró don Ignacio los valores al precio de los plátanos.

REGLA. ¡Pobre don Nicolás! Con ese negocio y otros por el estilo se ha quedado en la ruina. No me extraña que estuviera a punto de irse a América.

UBALDO. Yo lo evité. Gracias a mí, le dió don Ignacio el destino de inspector que tiene en la "Petrolera".

REGLA. Eso le honra a usted; hay que devolver bien por mal.

UBALDO. No, hombre; si yo no lo he hecho por eso. Es que si se marcha a América mi querido enemigo, ¿quién me va a favorecer a mí? Anímese, doña Regla, que para primero de año habrá subida de sueldo.

REGLA. ¡Ay, no lo podré disfrutar!

UBALDO. Pues ¿qué pasa?

REGLA. No quería decirlo todavía; pero... como al fin tiene que ser... Don Ubaldo, yo estoy pedida.

UBALDO. ¿Y dónde la sirven?

REGLA. En serio: me caso para antes de fin de año.

UBALDO. ¡Atiza! ¿Y por qué?

REGLA. ¡Anda! Porque me caso.

UBALDO. Pero no veo la razón para dejar el empleo.

REGLA. Es que él no quiere que trabaje.

UBALDO. ¿Y quién es el huelguista?

REGLA. Usted lo conoce: Perales.

UBALDO. ¿Perales?

REGLA. Sí, don Ubaldo. ¡Ya ve usted qué sorpresas tiene la vida!

UBALDO. ¿Cómo sorpresas? Eso es un susto.

REGLA. Amalita despreció lo que luego habia de ser para mi felicidad.

UBALDO. Sí, sí. Pues que sea para bien. Y que no se sienta usted celosa, porque si le da por registrarle los bolsillos, no le va a quedar tiempo para otra faena.

(Vuelve AMALIA *por donde se fué; con triste expresión se dirige al fichero y manipula en él, tratando de abrirlo inútilmente.)*

REGLA. *(Bajo a don Ubaldo.)* De esto no diga usted nada a la chica.

UBALDO. Es verdad, sí; hay que evitar los celos.

REGLA. ¡Qué ganas de bromas!

UBALDO. *(A su hija.)* ¿No puedes abrirlo?

AMALIA. No, señor.

UBALDO. ¿A ver? *(Intenta también abrirlo sin lograrlo.)* Pues es un fastidio. Te iba a pedir ahora una ficha que me interesa.

REGLA. *(Que examina el mueble.)* Esto con una ganzúa...

UBALDO. Eso. Y contratando a un topista...

REGLA. *(A Amalia.)* Habrás estado jugando con la cerradura.

AMALIA. He andado jugando con lo que he querido.

REGLA. ¡Bueno, hija, bueno! *(A don Ubaldo.)* ¿Qué le pasa?

UBALDO. No sé.

REGLA. Pues cualquiera diría que ha reñido con el que está en Burdeos. *(A Amalia.)* ¿Qué tienes tú, princesa?

AMALIA. Muy pocas ganas de hablar.

REGLA. Eso se cura apretando la boca.

UBALDO. Déjela usted, que la chica no está de humor.

REGLA. Yo creo que se le han subido los humos, y no es para tanto, que el petróleo está pasado de moda. ¡Caray, si llega usted a montar una central eléctrica!

UBALDO. Doña Regla, tiene usted permiso para darse un paseíto por la oficina y ver cómo lo hace la que la ha substituído en la máquina.

REGLA. Bueno, bueno. Ya me llamará usted cuando haga falta en Nueva York. *(Se va por la derecha.)*

UBALDO. Tampoco ha habido hoy carta, ¿verdad?

AMALIA. Sí, señor; la ha habido.

UBALDO. ¿Malas noticias?

AMALIA. Buenas: Antonio viene mañana.

UBALDO. ¿Que viene? Entonces, ¿por qué esa tristeza? ¿Te quieres explicar? Llevas así una temporada y, vamos, no hay derecho.

AMALIA. No me haga usted que me explique; yo no le sé mentir, y no quisiera disgustarle.

UBALDO. ¿A ver, a ver? Callando es como me disgustas. ¿Qué te ocurre?

AMALIA. (*Vacilando.*) Que... que estoy como avergonzada, padre; que yo no le conocía a usted antes más que en casa, y que cada día me da más pena y me pongo más colorada de verle haciendo los papeles que hace.

UBALDO. ¡Vamos, vamos! Si ya te dije yo esta mañana que no desayunaras calamares, que ibas a hacer mal la digestión. (*Se aproxima al fichero, y mientras habla insiste en abrirlo, sin lograrlo.*)

AMALIA. Hábleme usted en serio, que ahora estamos solos. Y si le ofendo, perdóneme; yo le digo lo que pienso. Me entristece que usted mienta, que usted... Yo quisiera que todo el mundo le mirara con el respeto que yo le he mirado siempre; que al hablar de usted no tuvieran motivo más que para elogiarlo.

UBALDO. Comprendo; a ti se te ha llenado la cabeza de tonterías con esas cartas de diez pliegos cruzados que te escribe el simple de Ojeda.

AMALIA. Antonio es un hombre digno.

UBALDO. Es verdad; le queda esa costumbre de cuando tuvo dinero.

AMALIA. Pues ¡cuánto daría yo por que usted...!

UBALDO. ¡Calla! ¿De qué te avergüenzas? ¿De que me ponga a tono con la vida? ¿No comprendes tú que si yo me hubiese sentido siempre hombre digno, como Ojeda, tú y yo nos hubiésemos muerto de hambre dignamente hace ya muchos años?

AMALIA. Es posible, sí; pero... Dejémoslo, padre; yo no quiero que usted se disguste.

UBALDO. Y yo no quiero que tú te avergüences. De cualquiera hubiese yo podido esperar esto menos de ti. (*Se aparta de ella y se pone a revolver papeles en su mesa de trabajo.*)

AMALIA. ¡Padre!

UBALDO. Hace muchos años que no me subían los colores, muchos. No por haber perdido la vergüenza, sino por haber tenido el valor de saberla esconder

donde no me estorbara. ¿Crees tú que no es sacrificio prescindir de lo que nadie se atreve a confesar que le falta?

AMALIA. Tiene usted razón.

UBALDO. Yo me hice el propósito de no volverme a poner colorado ni tosiendo. No lo merece esta lucha innoble por los garbanzos. Pero... te he oído, hija, y ¡parece que se me abrasa la cara!

AMALIA. Perdóneme usted.

UBALDO. ¡Qué poco valgo para ti! Ha bastado que me compares con el primer hombre que se cruzó en tu camino, para que me creas inferior a todos.

AMALIA. Escúcheme usted, que voy a llorar.

UBALDO. No llores. Déjame tener energía alguna vez. (*Dando un puñetazo sobre la mesa.*) Aquí no es usted mi hija, sino una empleada. Los defectos que vea en mí no son los defectos de su padre, sino los de su jefe. ¿Entiende usted, señorita? Y a un jefe no se le pueden decir los defectos: hay que sonreírle, hay que halagarle, hay que sentirse orgullosa de ser mandada por él. ¿Estamos de acuerdo?

AMALIA. Sí. Pero ¿adónde va usted a parar? (*Se aproxima a él para besarle.*)

UBALDO. Déjame. Déjeme usted, señorita. Quiero ver si puedo ser feliz como jefe, ya que empiezo a sentirme desgraciado como padre. (*Hace mutis precipitado, por la derecha, secándose una lágrima.*)

GAMUZA. (*Por el fondo.*) Señorita.

AMALIA. (*Enjugándose los ojos.*) ¿Qué, qué queréis?

GAMUZA. Soy yo solo. Es que como está usted llorando ve dos Gamuzas.

AMALIA. Yo no estoy llorando.

GAMUZA. Pues lo imita usted muy bien. ¿Puedo yo remediar lo que le pasa, señorita Amalia?

AMALIA. (*Nerviosa.*) Yo no soy Amalia, ¿sabes? Yo soy la secretaria del director.

GAMUZA. Bueno; por mí que no haya disgusto. Ahí fuera está el inspector de Soria, don Nicolás Martínez, que quiere pasar. ¿Aviso a su padre?

AMALIA. A mi padre, no; al director. ¿Entiendes? El que tiene que recibir a don Nicolás es el drector, no mi padre. Tenlo entendido así para siempre.

GAMUZA. ¡También es gana de que se arme uno un lío! ¿Aviso o no?

UBALDO. (*Por donde se fué.*) ¿Qué pasa?

GAMUZA. Que don Nicolás quiere verle.

UBALDO. ¡Hombre, qué visita más agradable! (*A Gamuza.*) Que pase. (*Este hace mutis.*) Señorita, haga el favor de salir a la oficina.

AMALIA. Y ¿por qué me he de ir? ¿No soy la secretaria?

UBALDO. Los negocios tienen secretos que no los pueden saber más que los jefes. No quiero que vuelvas a verme de farsante.

(*Amalia hace mutis derecha a tiempo que entra* DON NICOLÁS *por el fondo. Este viene en traje semejante al que usan los ingenieros de Minas en el ejercicio de su carrera. Entra sin hablar, con el sombrero puesto, y se sienta con cara de mal humor. Pausa.*)

UBALDO. Cúbrase y tome asiento.

NICOLÁS. Vengo cumpliendo mi deber, y por encargo de don Ignacio, a darle a usted cuenta de lo que ocurre en Soria. ¡Maldita sea el deber! Yo quería haberle escrito por no verle a usted la cara; pero me han obligado a venir.

UBALDO. Buenas noticias. Su alegría le está vendiendo.

NICOLÁS. Créame usted que, en vez de noticias, yo le daría de buena gana dos tiros.

UBALDO. (*Indicando el cartel.*) No es la hora.

NICOLÁS. Pero nunca es tarde.

UBALDO. Pero ahora es temprano. Bueno. ¿Qué pasa en Soria?

NICOLÁS. (*Suspirando.*) Es verdad. Hay que ganar el sueldo. Me haré cuenta que escribo; es igual. (*Como si redactara una carta.*) Ampliando mi telefonema anterior, me es grato comunicarle (*Comiéndose los hígados*) que la nueva vena de petróleo, ¡maldita sea la hora en que se inventó! (*Mordiendo las palabras*), que la nueva vena de petróleo aparecida en las excavaciones de esta semana...

UBALDO. Coma.

NICOLÁS. Es mucho más abundante. ¡Así revienten los que la han descubierto!

UBALDO. Paréntesis.

NICOLÁS. Es mucho más abundante que la vena primitiva.

UBALDO. (*Dando un salto de alegría.*) ¡Ole mi madre! Punto. ¡Siga usted, que ahora le cojo la vena!

NICOLÁS. (*En el mismo tono.*) Don Ignacio me encarga le diga no escatime dinero en la propaganda y admita cuantos empleados sean precisos para la buena marcha del negocio.

UBALDO. Aparte.

NICOLÁS. De usted enemigo de toda la vida, que le muerde la mano, Nicolás Martínez.

UBALDO. El sello se lo puede ahorrar. Alégrese, hombre, alégrese, que estamos de enhorabuena. ¡Viva Soria! Ahí va un cigarro. (*Le alarga uno habano.*)

NICOLÁS. No fumo.

UBALDO. Por eso se lo ofrezco. (*Lo enciende.*)

NICOLÁS. Le estoy mirando, y yo mismo me pregunto por qué no le he estrangulado ya.

UBALDO. ¡Toma, porque usted ha venido al mundo para hacerme a mí feliz!

NICOLÁS. ¡Le odio! Ha sido usted mi ruina.

UBALDO. Vaya, no hay que ser injusto. ¿Qué mal le he hecho yo a usted? Ninguno. Molestarle con cuatro chirigotas. Eso no tiene importancia. Más se meten con los políticos y no hay crisis por eso.

NICOLÁS. Yo he perdido el negocio de los petróleos por su culpa.

UBALDO. Pero ¿no andaba usted detrás de mí para que le ayudara a engañar a don Ignacio haciéndole adquirir esas acciones?

NICOLÁS. Usted ha abusado de mi buena fe.

UBALDO. ¡Vamos, ande, so colegiala!

NICOLÁS. ¡Don Ubaldo!...

UBALDO. Que no entendió usted el negocio, hombre. Que usted no tiene de petrolero más que la cara.

NICOLÁS. (*Levantándose indignado.*) ¿Se va usted a burlar encima? Un día le pulverizo. (*Da un puñetazo sobre el fichero y se descorre la persiana.*)

UBALDO. (*Con alegría.*) ¡Lo ha abierto! ¡Don Nicolás de mi vida, usted es el hada del bien!

NICOLÁS. Y usted es un murguista ridículo.

UBALDO. Yo soy el director; no lo olvide. Usted toca a mis órdenes.

NICOLÁS. Yo lo que voy a hacer es abrirle la cabeza. (*Se dirige a él amenazador.*)

UBALDO. (*Parapetándose tras la mesa y empuñando el aparato telefónico.*) No se acerque usted que me pongo en comunicación con sus narices.

AMALIA. (*Por la derecha.*) ¿Llamaba usted?

UBALDO. (*Indicando el teléfono.*) ¿Ha sonado?

NICOLÁS. Hija, la compadezco a usted, porque tiene el padre más sin...

UBALDO. (*Imponente, dirigiéndose a don Nicolás.*) ¡Cuidado! Usted está riñendo con el director. Usted

odia al vividor de café, pero al padre de esa niña no lo insulte, porque le muerdo.

AMALIA. Sí, padre. Y si no tiene usted dientes bastantes, yo le ayudo.

NICOLÁS. Es que...

UBALDO. Salga usted en seguida.

NICOLÁS. ¡Vamos, que me va usted a hacer creer que tiene vergüenza!

UBALDO. Más que usted, porque no la he gastado. Pero me basta con que no olvide que tengo una hija. (*Don Nicolás se va por el fondo. Amalia se abraza a su padre. Don Ubaldo sin ánimo para rechazarla.*) ¡Señorita, al jefe no!...

AMALIA. (*Besándole.*) Pues despídame.

OJEDA. (*Asomando al fondo.*) ¿Queda algo para mí?

AMALIA. (*Con alegría.*) ¡Antonio!

UBALDO. ¡Hombre, el globetroter! Yo creo que algo quedará. (*Se abrazan.*)

OJEDA. (*Tendiéndole la mano a Amalia.*) ¿Cómo estás?

UBALDO. No seas hipócrita. Dale las dos manos. (*Se vuelve de espaldas a ellos mientras se abrazan y a poco dice sin mirarlos.*) Bueno, ya está bien.

AMALIA. No te esperaba hasta mañana.

OJEDA. El darte una pequeña sorpresa ya merecía la pena de adelantar el viaje.

UBALDO. ¿Qué, con permiso para un mes, no?

OJEDA. No, señor; con permiso para siempre. ¿No le ha dicho Amalia?

AMALIA. No.

UBALDO. ¿Quién, ésta? Si yo creo que se comía tus cartas para que no cayeran en mis manos. A los tres meses de irte se me ocurrió un día preguntarle: ¿Qué sabes de Antonio?, y me contestó: que el 13 de junio es su santo. (*Ríen.*) Esas son todas las noticias que he tenido de ti.

OJEDA. Yo en cambio sé cuánto ha pasado en esta oficina, y le felicito. Usted se lo merece todo, don Ubaldo.

UBALDO. Hombre, no, que me llevo cada disgusto que no me lo merezco.

OJEDA. ¡Qué negocio el de Soria! ¿Pero hay petróleo de verdad?

UBALDO. Sí. Pero aunque no lo hubiera sería lo mismo.

AMALIA. No diga usted eso.

UBALDO. ¡Ay, que no me acordaba! Es broma. Quiero decir que he hecho una propaganda acertadísima.

En un mes he colocado cinco mil acciones, y me las han tenido que pedir por favor.

OJEDA. Don Ignacio estará loco.

UBALDO. Me dedica grandes elogios en sus cartas. Se marchó casi al mismo tiempo que tú, y anda por el extranjero acudiendo a otros negocios.

AMALIA. Si vieras, hasta en el teatro se ha anunciado la "Petrolera Soriana".

UBALDO. Sí, hombre. ¿No lo has oído cantar? Le encargué el anuncio a un autor de revistas, y en la primera obra que estrenó ¡me hizo un número!...

AMALIA. Se repitió cuatro veces, aunque el público no quería.

UBALDO. Salían unas chulas madrileñas muy desnuditas y cantaban:

Somos las sorianas
más petroleras
de Provisiones,
por eso se cotizan
nuestras acciones.

AMALIA. Luego bajaban a las butacas y daban a cada espectador un frasco de petróleo.

UBALDO. ¡Chico, un escándalo!

OJEDA. Sí, sí, pero no me explico eso de ser sorianas y chulas de Provisiones.

UBALDO. Bueno, eso en las revistas no tiene importancia.

AMALIA. (*Guiñándole a Ojeda.*) Si viera usted, padre, qué poco trabajan los empleados de cuentas corrientes. Ahora cuando pasé por allí estaban de charla.

UBALDO. (*Comprendiendo la indirecta.*) ¡Ah, sí! Pues voy a ver si los meto en cintura. (*Inicia mutis.*)

OJEDA. ¿Tiene usted ahora muchos empleados?

UBALDO. Los bastantes para quitar el disco. (*A Amalia con intención.*) Yo estoy aquí en seguida, ¿sabes?, tardo muy poco en reñir. (*Mutis.*)

OJEDA. ¡Amalia de mi vida!

AMALIA. ¿No me has mentido en tus cartas? ¿De veras que no ha vuelto a molestarte esa mujer?

OJEDA. ¿Y cómo, si no ha sabido donde estaba? Es posible que ya no se acuerde ni de mi nombre.

AMALIA. ¡Si vieras cuanto luchó una tarde por sacarme tu dirección!... Pero yo ya había aprendido mucho y no pequé de inocente. —¿No crees tú que se habrá marchado de España?—me decía—. ¡Ay, no sé! Mi padre y él riñeron, y se fué tan enfadado que

no hemos vuelto a verle más—. ¡La puse de nerviosa!... Se comió toda la pintura de las uñas.

OJEDA. Me extraña que no os haya perjudicado con don Ignacio.

AMALIA. Nada, chico. Durante unos días tuvimos el temor de que esto se fuera a paseo, pero llegó lo de los petróleos, bendito sea don Nicolás, y ahora don Ignacio está tan entusiasmado con mi padre, que hasta le ha mandado de Londres un retrato suyo dedicado llamándole Salamanca.

OJEDA. ¡Caray!

AMALIA. Una equivocación, ¿sabes? Porque él se habrá querido referir a Soria.

OJEDA. ¡Nena de mi vida!, ¿te has acordado mucho de mí?

AMALIA. Pregúntale a mi padre. Todas las cartas que me daban a copiar las dirigía a Burdeos. ¡Si vieras cómo corro ya en la máquina!

OJEDA. ¿Encontraste la hache?

AMALIA. Sí, burloncillo.

OJEDA. Tonta. (*Se abrazan.*)

PERALES. (*Asomando al fondo y deteniéndose sorprendido.*) ¡Anda! ¡Si llego a seguir con la misma idea! (*Viste ahora con pretendida elegancia, que raya en lo ridículo.*)

AMALIA. (*Reparando en él.*) ¡Ay! Perales.

OJEDA. ¿Quién?

AMALIA. ¿Cómo entra usted sin pedir permiso?

PERALES. Porque me he dado cuenta de que no están ustedes para que les pidan nada.

AMALIA. (*A Ojeda.*) Es un amigo de papá.

PERALES. Intimo. ¡Hemos echado cada rato de juerga juntos! ¡Como siempre le cogía de buen humor!

AMALIA. (*Presentando a Ojeda.*) Mi novio.

PERALES. Ya lo he visto. Que sea enhorabuena.

AMALIA. Está usted desconocido, Perales.

PERALES. Sí, señora. Voy a tener que hacerme otro retrato para el carné, porque en todas las estaciones me quieren echar abajo. Ahora llevo las muestras en un maletín.

AMALIA. Mucho mejor.

PERALES. No lo crea usted, me caben menos. En fin, no vale estorbar. Voy a pasar ahí, con su permiso, a darle un recado a mi novia.

AMALIA. ¿Su novia?

PERALES. Sí, a Reglita, a doña Regla, vamos.

OJEDA. ¿Eh? (*Rompe a reír, así como Amalia.*)

PERALES. (*Amoscado.*) ¡Hombre, no creo yo que la noticia sea un chascarrillo!

AMALIA. Si es que nos reímos de alegría, ¿verdad, Antonio?

OJEDA. ¡Claro! Apreciamos tanto a doña Regla...

PERALES. Pues si le llegan ustedes a tener un cariño loco, se tronchan.

AMALIA. Pase usted, que por ahí anda mi padre.

PERALES. ¿En qué plan?

AMALIA. Muy alegre.

PERALES. Esto tiene otra salida, ¿no?

AMALIA. A la derecha.

PERALES. Pues hasta otro rato, por si acaso salgo por allí. (*Mutis derecha.*)

AMALIA. Con éste me quería a mí casar doña Regla.

OJEDA. ¿Qué dices?

AMALIA. Y ahora por lo que se ve es ella la que carga con mi pretendiente. ¿Has visto cosa igual?

OJEDA. No, si está demostrado que no se puede jugar con armas de fuego.

UBALDO. (*Por la derecha.*) ¿Ha pasado por aquí Douglas?

AMALIA. Sí, señor.

UBALDO. Qué ocasión se han perdido los fotógrafos. Vamos a ver. ¿En qué plan vuelves tú de Burdeos?

OJEDA. Pues...

UBALDO. Descorchado, ¿verdad?

OJEDA. He trabajado estos meses en la oficina de mi tío, pero creí notar que me tenía por lástima, y no he querido seguir.

UBALDO. Sí; la dignidad.

OJEDA. Eso.

AMALIA. ¡Claro, padre!

UBALDO. Regular de claro.

OJEDA. Algo he sacado de provecho.

UBALDO. ¿Qué?

OJEDA. He aprendido a trabajar. Ahora puedo ganar un sueldo en cualquier oficina.

UBALDO. Pues aquí...

OJEDA. ¡Aquí, nunca! Ya lo sé.

UBALDO. Ven, que vas a ver qué organización. Todo reglamentado para aprovechar el tiempo a lo norteamericano. Doy al día dos minutos para toser y uno para estornudar.

OJEDA. ¿Y al que se acatarra?

UBALDO. Una multa y aspirina. (*Ríen y hacen mutis derecha.*)

PILI. (*Por el fondo, acompañada de* DON NICOLÁS *y seguida del botones.*) No te molestes, que ya conocemos el camino.

GAMUZA. Como usté quiera.

PILI. Y no avises que estamos aquí, que no hace falta.

GAMUZA. Bien. (*Hace mutis.*)

NICOLÁS. ¿Está usted segura de que llega hoy don Ignacio?

PILI. De que llega no, de que llegó hace una hora. Siéntese, que aquí soy el ama.

NICOLÁS. Bien. Puesto que estamos de acuerdo en ayudarnos, cosa que tenía que ocurrir, porque las personas honradas acaban por entenderse, ¿me quiere usted decir cuál es su plan?

PILI. Ya puede usted suponerlo: esperar a Ignacio y dejar aquí mismo arreglado este asunto. No dude usted que todo resultará a pedir de boca.

NICOLÁS. Depende de la influencia que ejerza usted sobre don Ignacio.

PILI. ¡Hombre, míreme usted a la cara! ¿Tiene esto precio?

NICOLÁS. Ya, ya. Si la tengo catalogada entre las casas caras.

PILI. Va usted a verlo. Hay aquí mucho flúido (*Los ojos*) para que se me resista, y además sé muy bien cuál es su flaco.

NICOLÁS. Sí, sí; usted debe conocerlo rincón por rincón.

PILI. Le miro yo así...

NICOLÁS. (*Arreglándose la barba y tirándose del chaleco.*) Convencido. ¿Y si se llevara usted un desengaño?

PILI. ¡Ca!

NICOLÁS. Aquí tiene usted un amigo para que el flúido no se pierda.

PILI. No me sirven las bombillas gastadas.

NICOLÁS. A otra cosa. Una vez arreglado este asunto. ¿Qué va a pasar?

PILI. ¿Cómo?

NICOLÁS. Sí, que qué va a pasar con Nicolás Martínez.

PILI. Ya lo puede suponer; yo soy agradecida. En cuanto usted me prepare bien a Ignacio, el director de estas oficinas tendrá barba.

NICOLÁS. Oiga, ¿no querrá usted decir que se la va a dejar don Ubaldo?

PILI. ¡Vamos, ande! A don Ubaldo le veo a palos con los escaparates de comestibles.

NICOLÁS. Pues al trabajo.

PILI. ¿Va usted a verle?

NICOLÁS. Sí. ¿Se hospeda donde siempre?

PILI. Donde siempre.

NICOLÁS. Pues hasta luego.

PILI. No se le olvide ningún detalle de lo que le he dicho por el camino.

NICOLÁS. Me podría examinar de esa asignatura. (*Se va por el fondo.*)

(*Pili se levanta, recorre con la mirada todo el despacho, y luego se dedica a curiosear todos los papeles que hay sobre la mesa.*)

REGLA. (*Por la derecha, sorprendida de encontrar a Pili.*) Buenos días. ¿No sabe don Ubaldo que está usted aquí?

PILI. Ni es preciso.

REGLA. ¿Cree usted? El podría explicarle, sin que usted se molestara, lo que dicen esos papeles.

PILI. Oiga. A mí estos papeles no me interesan.

REGLA. Pues parece lo contrario.

PILI. Veo que es usted una empleada de mala memoria.

REGLA. ¿Por qué?

PILI. Porque ya no recuerda quién soy. ¡Como he dejado de venir por aquí!...

REGLA. ¡Que no me acuerdo! ¡Pues buena soy yo para que se me despinte una prójima!

PILI. ¡Oiga usted! Esa palabra...

REGLA. Está en la doctrina; pero usted no lo sabe, porque no es muy católica.

PILI. Le prohibo que me siga hablando en ese tono.

REGLA. Pues lo siento, porque no me han instrumentado en otro.

PILI. ¿Sabe usted que puedo hacer que la despidan mañana mismo?

REGLA. ¿Y usted sabe el favor que me hace?

PILI. ¿Sí? ¿Por qué?

REGLA. Porque tengo que irme; pero si me despiden, me indemnizan.

PILI. ¡Ah!

REGLA. (*Imitándola.*) ¡Ah!

PILI. Entonces, es que usted se ha dicho...

REGLA. Yo me he dicho: hay que hacer méritos para que me den la cuenta. Ande, vamos a seguir riñendo.

PILI. Hemos acabado.

REGLA. No, hombre, no; si acabamos, se le va a pasar a

usted el enfado en seguida, y yo necesito que me despidan pronto.

PILI. ¿Tan a disgusto está usted aquí?

REGLA. Y ahí. (*Indicando el cuartito del fondo.*)

PILI. Pues ¿que hay ahí?

REGLA. La Bolsa.

PILI. No la entiendo.

REGLA. Ni es preciso.

PILI. Pero me figuro que no le faltará a usted razón para quejarse. Como el jefe, por desgracia..., y usted parece una mujer lista...

REGLA. No, no; conmigo no se venga usted a buenas. Yo he aprendido mucho de don Ubaldo: usted es una enemiga que me conviene. ¡A reñir, a reñir!

GAMUZA. (*Por el fondo.*) Doña Regla, que el señor Perales me había dejao encargao el maletín y se ha marchao sin él.

REGLA. Es que vuelve, hombre; no te preocupes.

GAMUZA. Despide un aroma de economato que solivianta.

REGLA. Ojo, tú.

GAMUZA. Si está cerrao.

REGLA. ¿A ver? Que tú no eres de fiar. (*Se va con él por el fondo.*)

UBALDO. (*Por la derecha con Amalia y Ojeda. Viene charlando y riendo. Al entrar se detiene, sorprendido.*) ¡Aprieta!

PILI. (*Con sorna.*) ¿Qué aprieta?

UBALDO. El frío.

PILI. Pero ¿está usted aquí, señor Ojeda?

UBALDO. No es él, es un hermano suyo.

PILI. ¿No será un primo?

UBALDO. (*Bajo a Amalia.*) Calma, que nos lo jugamos todo.

OJEDA. Yo le agradecería a usted mucho que hiciera como que no me conocía.

PILI. No puede ser, porque yo le conozco a usted de sobra. Sí; me lo presentó un amigo que estuvo hace meses esperándole toda la tarde en una esquina.

AMALIA. Ese amigo se equivocó de calle. ¿Sabe usted?

UBALDO. Y de esquina.

PILI. ¿Qué quiere usted decir?

AMALIA. Que deje usted ya de molestar a este hombre, porque ni él la puede querer, ni yo consiento que usted se ponga entre los dos. Es mi novio. ¿Entiende usted? ¡Mi novio!

UBALDO. ¡Hija!

AMALIA. Que se vaya a paseo la oficina, y el sueldo, y el bienestar, y hasta el pan de la cena de esta noche.

PILI. ¡Tú con semejante atontá!

OJEDA. Y muy orgulloso. ¿Qué pasa?

AMALIA. ¿Atontá? Ahora soy yo más flamenca que usted, y sé guiñar con más picardía que usted, y uso medias de las caras, véanse, y me pinto con más arte, y estoy aprendiendo a fumar en pipa.

UBALDO. ¡Hija! Pero ¿a qué colegio vas?

AMALIA. Conque menos faroles.

IGNACIO. (*Por el fondo con dos Nicolás.*) Buenos días.

UBALDO. (*Aparte.*) (¡Atiza! Pero ¡si estaba en Madrid!) (*Bajo a Amalia.*) (Prudencia.) (*Alto.*) Buenos días, don Ignacio. ¡Qué sorpresa!

PILI. Te agradezco mucho que hayas venido con tanta oportunidad.

UBALDO. Y tan bien acompañado. Hay grandes novedades, don Ignacio, además de las que ya le he dicho por carta. Esto va muy bien.

IGNACIO. Perdone un momento. Antes de tratar con usted, tengo que hablar a solas con Pili.

PILI. (*A todos.*) Ya lo saben. ¡Largo!

(*Don Ubaldo, Amalia y Ojeda se miran con ojos de pesimismo y hacen mutis por la derecha muy lentamente.*)

NICOLÁS. (*Que, iniciando el mutis, se ha quedado el último.*) ¿Ve usted? ¡Han vuelto a traer a Ojeda! Lo que le he dicho: tienen la pretensión de que ese niño bonito conquiste a ésta para asegurar así más el comedero. ¿Usted me entiende?

IGNACIO. Ya, ya.

NICOLÁS. La primera vez dieron en hueso: creyeron que usted había sospechado, y lo mandaron fuera; pero ahora vuelven a la carga. No conocen a ésta.

PILI. ¿A qué le cuenta usted esas cosas?

NICOLÁS. Ojo, don Ignacio. Y créame usted alguna vez.

IGNACIO. ¿A qué has venido aquí?

PILI. A que me expliques esto. (*Muestra la carta y el cheque.*) A los dos días de inaugurarse esta oficina cogiste el tren y de verano. ¿Por qué razón? Tú lo sabrás. Explícamelo, que no lo entiendo.

IGNACIO. No es ningún problema: un negocio que no conviene seguir, una indemnización que se paga, y en paz.

PILI. No se trata de un negocio, Ignacio; se trata de un cariño. Sí, sí, no te sonrías; por mi parte, de un cariño muy grande. (*Enterneciéndose.*) Sin darme cuenta, te me has ido metiendo poco a poco en el alma. ¿Qué motivo he dado yo para que me abandones?

IGNACIO. Mujer, no te he dejado así como así; me he puesto en razón.

PILI. Yo no quiero para nada tu dinero; yo no soy interesada. (*Arruga el cheque y se lo tira a los pies.*)

IGNACIO. ¡Bien! Ese rasgo me gusta.

PILI. Lo que quiero es que me digas por qué hiciste eso; por qué te fuiste sin hablar conmigo.

IGNACIO. No hablé contigo porque conozco tu genio, y a mí no me conviene el escándalo.

PILI. Qué mal me conoces. (*Aproximándose a él.*) Pero di: ¿qué mujer te va a querer más que te quiero yo?

IGNACIO. Quita, quita.

PILI. No quiero. Mírame como otras veces. (*Acariciándole.*) ¡Ignacio! ¡Mi vida!

UBALDO. (*Por la derecha.*) Perdonen que les interrumpa.

PILI. ¿Eh? ¿Quién le llama a usted aquí?

UBALDO. A mí, nadie. Pero como sé en lo que va a acabar esta conversación, vengo a ahorrarle a usted un poco de trabajo y a facilitarle el camino.

IGNACIO. Explíquese.

UBALDO. Nada, que está mi chica ahí fuera llorando, y yo, que no he luchado en esta vida más que por evitarle lágrimas, he pensado que no merece la pena. ¿No le parece a usted?

IGNACIO. ¿Cómo?

UBALDO. Que aquí tiene usted a su disposición mi empleo, y la oficina, y este despacho, y hasta los cohetes. (*A Pili.*) Usted se queda a sus anchas...

PILI. Eso.

UBALDO. Y yo me vuelvo al café Ceilán, que ya vendrá lo inesperado, aunque le sobren mangas.

IGNACIO. Eso es...

UBALDO. Eso es que yo tenía la dignidad muy escondida; pero mi chica ha sabido tirar de ella: me ha con-

vencido de que los garbanzos no satisfacen si no se ganan con vergüenza. Ya ve usted, y tengo que darle la razón, porque después de hablar así, me he quedado más satisfecho que si me hubiese comido un pavo.

AMALIA. (*Por la derecha, seguida de doña Regla y de Ojeda.*) ¡Eso! ¡Eso! (*Abrazándole.*) ¡Ahora sí que estoy orgullosa de mi padre!

REGLA. Como que ahora siento que Perales se le haya adelantado.

OJEDA. Venga esa mano, don Ubaldo. ¡Así hacen los hombres!

(DON NICOLÁS *asoma por la derecha con rostro satisfecho.*)

IGNACIO. Bueno; pero aquí todo el mundo ha hablado menos que yo. Ni usted dimite el cargo, ni tendrá en lo sucesivo que ganarse el pan con vergüenza, ni volverá a ver llorar a su hija por el motivo de ahora.

PILI. No te entiendo, Ignacio.

IGNACIO. Que tú no has tenido en cuenta que yo soy un hombre de negocios y que puedo jugar al póker sin que me conozcan en la cara las cartas que llevo. Otra vez, cuando llamen al teléfono, es un consejo que te doy, no dejes el auricular descolgado, y si lo dejas, ten cuidado con lo que dices. (*Tendiéndole la mano a Ojeda.*) Usted es una persona decente, Ojeda.

OJEDA. Por tal me tengo.

PILI. ¡Ah!, pero... es que... tú oíste...

NICOLÁS. ¡La telefónica!

PILI. (*Encarándose rabiosa con él.*) Usted fué quien lo descolgó, ¡so idiota!

UBALDO. ¿Usted? (*Con entusiasmo.*) Pero si no podía ser de otro modo.

IGNACIO. (*A Pili.*) Abajo tienes un coche; te puede llevar donde quieras.

PILI. ¡Imbécil! (*Se va con rapidez por el fondo.*)

PERALES. (*Por el fondo con un bouquet de rosas.*) Perdonen. ¿Está Reglita? ¡Ah, sí que está! En seguida me marcho. Es que te traía estas flores.

REGLA. Gracias, chacho. Eres más delicado que un enfermo grave.

UBALDO. (*Arrebatándole el bouquet a Perales.*) No, hom-

bre; estas flores son para don Nicolás. (*Se las deja en los brazos.*) Y dígame usted dónde vive, que esta noche le mando dos velas y un monaguillo.

IGNACIO. (*A don Nicolás.*) En cuanto a usted...

UBALDO. ¡Por Dios, don Ignacio, no me toque usted a este hombre! ¡Bendito sea mi querido enemigo!

TELON

Obras de Luis F. de Sevilla

El número 13, juguete cómico en un acto. (En colaboración.)
Modus vivendi, juguete cómico en un acto. (En colaboración.)
El mago prodigioso, juguete cómico en un acto. (En colaboración.)
Reloj, barómetro y fonógrafo, juguete cómico en un acto. (En colaboración.)
Cerote y compañía, juguete cómico en un acto.
Los noviazgos, juguete cómico en un acto. (En colaboración.)
La samaritana, comedia en tres actos. (En colaboración.)
El genio del león, humorada lírica en un acto. (En colaboración.) Música de Rafael Millán.
El nuevo presidente, fantasía lírica en un acto. (En colaboración.) Música del maestro Faixá.
La mano que atosiga, sainete en un acto. (En colaboración.) Música del maestro Millán (R.).
El país del oro, humorada lírica en un acto. (En colaboración.) Música del maestro Emilio Acevedo.
¡Ya escampa!, entremés. (En colaboración.)
La vaquerita, zarzuela en un acto. (En colaboración.) Música del maestro Rosillo.
Juanilla la perchelera, sainete en un acto. (En colaboración.) Música del maestro Alonso (F.).
Los cigarrales, zarzuela en un acto. (En colaboración.) Música del maestro Eduardo Granados.
Hotel retiro, humorada en un acto. (En colaboración.) Música de los maestros Navarro y Tadeo.
La prisionera, zarzuela en un acto. (En colaboración.) Música de los maestros Serrano y Balaguer.
La serrana, comedia lírica en dos actos. (En colaboración.) Música del maestro Santiago Sabina.
Los peliculeros, comedia en tres actos. (En colaboración.)
La del soto del Parral, zarzuela en dos actos. (En colaboración.) Música de los maestros Soutullo y Vert.
La capitana, zarzuela en dos actos. (En colaboración.) Música de los maestros Cayo Vela y E. Bru.
La mejor del puerto, sainete en dos actos. (En colaboración.) Música del maestro Alonso.

Guzlares, zarzuela en dos actos. (En colaboración.) Música del maestro Morató.
Al dorarse las espigas, zarzuela en dos cuadros y en un acto. (En colaboración.) Música del maestro Balaguer.
El maestro campanillas, entremés lírico. (En colaboración.) Música del maestro Balaguer.
Los chalanes, entremés lírico. (En colaboración.) Música del maestro Morató.
La guitarra, sainete en un acto. (En colaboración.) Música de los maestros Fuentes y Navarro.
Los claveles, sainete en un acto. (En colaboración.) Música del maestro José Serrano.
Los naranjales, zarzuela en un acto. (En colaboración.) Música del maestro Balaguer.
Los marqueses de Matute, comedia en tres actos. (En colaboración.)
Paca la telefonista, o el poder está en la vista, sainete en dos actos. (En colaboración.) Música del maestro E. Daniel.
Lo mejor de Madrid, comedia en tres actos. (En colaboración.)
La ley seca, revista en dos actos. (En colaboración.) Música de los maestros Cayo Vela y Enrique Bru.
¡Esta noche me emborracho!, comedia en tres actos. (En colaboración.)
La cautiva, zarzuela en tres actos. (En colaboración.) Música del maestro Jesús Guridi.
En tierra extraña, zarzuela en dos actos. (En colaboración.) Música del maestro E. Daniel.
Bonita y coqueta, sainete en un acto. Música de los maestros Cayo Vela y José Sama.
Cock-tail de amor, revista en dos actos. Música de los maestros Benlloch y Soriano.
Seis meses y un día, comedia asainetada en tres actos.
Carracuca, comedia asainetada en tres actos y epílogo, en prosa.
La chascarrillera, comedia en tres actos.
El abuelo Curro, comedia en tres actos. (En colaboración.)
Mi querido enemigo, comedia en tres actos.
Las ermitas, comedia en tres actos. (En colaboración.)
Sevilla la mártir, comedia en tres actos.
Madre Alegría. (En colaboración.)

Precio: 2,50 pesetas.